

Reforma, renacimiento y socialización

Normalmente se percibe a los residentes mexicanos en Estados Unidos “más o menos como una minoría sin voz ni expresión”.¹ Carey McWilliams y otros, quienes sitúan la emergencia étnica y política de este grupo en el periodo posterior a 1940, creen que los disturbios —*zoot suit riots*— y los juicios de la Sleepy Lagoon que sucedieron en Los Ángeles durante los primeros años de la guerra, así como la experiencia y el entrenamiento que recibieron los mexicanoamericanos en las fuerzas armadas, fueron los elementos que los despertaron de su largo letargo. Más recientemente, el historiador Manuel P. Servín se ha referido a ellos de 1925 a 1965 como una “minoría sin logros”. Él cree que los mexicanoamericanos cobraron conciencia política después de 1965, cuando César Chávez y otros empezaron a cuestionar su estatus de ciudadanos de segunda clase.²

Este capítulo revisa los esfuerzos de los mexicanoamericanos urbanos en la estructura institucional durante los años formativos de 1900 a 1930 y comenta la interacción de la primera generación de mexicanos con la sociedad anglosajona. Lo que resulta evidente es el profundo abismo que separó a la mayoría de los estadounidenses de los mexicanos durante las primeras tres décadas de este siglo, pues frecuentemente estos últimos fueron víctimas de hostilidad racial, en particular durante los años de la guerra, cuando los nativistas de la comunidad anglosajona intentaron (como ya hemos dicho) suprimir las libertades civiles de los residentes mexicanos; no obstante, el barrio

¹ Carey McWilliams, *North from Mexico: The Spanish-Speaking People of the United States* (Filadelfia: J.B. Lippincott, 1949), 302.

² Manuel P. Servín, “The Post-World War II Mexican American, 1925-65: A Nonachieving Minority”, en Manuel P. Servín, ed., *An Awakened Minority: The Mexican Americans*, 2ª ed. (Beverly Hills: Glencoe Press, 1974), 160-174.

logró una gran madurez social y política durante esa época. La creencia de que permaneció pasivo ante el cambio y la confrontación es errónea.

Inmediatamente después de la primera guerra mundial, con el flujo de nuevos migrantes y la mejoría de las condiciones económicas, el lado este de Los Ángeles se convirtió en una comunidad estable y cohesionada. Sus residentes llegaron a disfrutar de una variedad de actividades sociales y a participar en la vida de las instituciones comunitarias. Las organizaciones mexicanas no tuvieron el impacto político y social de las de irlandeses, polacos y judíos. Sin embargo, las organizaciones políticas y religiosas, las asociaciones de voluntarios, los clubes sociales y en menor proporción el consulado mexicano lograron aceptación y desempeñaron un papel activo en la vida institucional del barrio.

I

Para entender las vibrantes fuerzas internas y externas que contribuyeron a la evolución cultural, política y social del barrio, es necesario examinar la interacción de la comunidad con los reformadores progresistas y con los trabajadores religiosos, además de los esfuerzos por desarrollar asociaciones de voluntarios. Al paso de los años, entre 1910 y 1930, los reformadores progresistas dieron la pauta que marcó el nivel de interacción institucional del lado este. Aunque creían que su impacto era mínimo, se dio una mayor interacción cultural de la sociedad con el barrio en el periodo de 1915 a 1930 que en cualquier otro momento de la primera mitad del siglo xx. Las relaciones desarrolladas entonces por los reformadores progresistas y los residentes mexicanos recién llegados tienen implicaciones muy relevantes. Los progresistas, que se interesaron por la reforma municipal y enfrentaron el reto del auge del socialismo, del trabajo organizado, de la inmigración no nórdica, consideraron los barrios de Los Ángeles como un lugar experimental importante para poner en práctica sus ideas.

Los progresistas del sur de California, tanto a nivel estatal como nacional, se desempeñaron desde una posición privilegiada de influencia y poder. La elevada participación en las elecciones de los condados

del sur de California produjo el margen de votos que posibilitó la victoria del gobernador Hiram Johnson en 1910 y contribuyó a inclinar el estado en favor del presidente Woodrow Wilson en 1912. Inicialmente unidos por el deseo de contener el peso político de la compañía Southern Pacific Railroad, los progresistas fueron extendiendo su influencia y su trabajo hacia otros campos políticos y sociales.³ A menudo, como resultado de sus intentos por legislar sobre cuestiones morales, sus programas chocaron con los intereses de los mexicanoamericanos, precisamente a quienes pretendían reformar. Los mexicanos, por ejemplo, nunca apoyaron a los que deseaban cerrar las escuelas parroquiales o iniciar la persecución de quienes violaron la prohibición de alcohol. El constante apoyo a las leyes de restricción a la inmigración por parte de los progresistas —leyes especialmente destinadas a los inmigrantes de los países nórdicos— les llevó a ganar pocos simpatizantes en el barrio. En sus esfuerzos por erradicar la prostitución, los progresistas impulsaron en 1913 la Ley de Cancelación de las Zonas Rojas (Red Light Abatement Act).⁴ El resultado fue la reubicación de las “casas de mala reputación” que estaban en las propias comunidades o negocios de los progresistas hacia áreas del gueto negro y del barrio mexicano de Los Ángeles. Esta acción, que sirvió para limitar la prostitución mediante la designación de zonas específicas legisladas, fue vista por los residentes del barrio como ofensiva e insensible a sus necesidades. Los progresistas también expresaron su manifiesta parcialidad en contra del trabajo organizado. El editor del *Times*, el general Harrison Gray Otis, apoyado por los más importantes empleadores y administradores de la ciudad, libró una batalla de treinta años para que Los Ángeles siguiera siendo contrario a la

³ El movimiento progresista en California es el punto central del excelente estudio de George E. Mowry, *The California Progressives* (Berkeley: University of California Press, 1951). El líder de los progresistas de California, el gobernador Hiram Johnson, es el objeto de estudio de Spencer C. Olin Jr., *California's Prodigal Sons* (Berkeley: University of California Press, 1968). Para una visión general del movimiento progresista, véase, por ejemplo, Richard M. Abrams, *The Burdens of Progress, 1900-1929* (Glenview, Ill.: Scott, Foresman, 1978); Robert M. Crunden, *From Self to Society, 1919-1941* (Englewood Cliffs, N.J.: Prentice-Hall, 1972); Richard Hofstadter, *The Age of Reform* (Nueva York: Vintage Books, 1955); Henry May, *The End of American Innocence* (Chicago: Quadrangle, 1964), y Lewis L. Gould, *Reform and Regulation: American Politics, 1900-1916* (Nueva York: John Wiley, 1978).

⁴ Mowry, *The California Progressives*, 153.

organización sindical. En lugar de ponerse del lado de los trabajadores en su lucha por obtener derechos colectivos, los reformadores se aliaron con Otis y los más prominentes industriales. Al mismo tiempo, los reformadores contribuyeron a mantener Los Ángeles como un mercado abierto con las fuerzas que atraieron trabajadores mexicanos no calificados, quienes llegaron sin contar con la preparación necesaria para librar las batallas que exigían las luchas laborales organizadas en la ciudad; además, no les era permitido adherirse a los pocos sindicatos existentes.

De cualquier manera, muchos californianos, en particular ciertos legisladores identificados con el movimiento progresista reformista, se mostraron sensibles a los problemas de los nuevos migrantes. En 1913, el gobernador progresista Hiram Johnson creó la Comisión Estatal de California sobre Inmigración y Vivienda (California State Commission on Immigration and Housing, CIH). Cuando el gobernador expidió el decreto de esta ley, el estado se dedicaba a realizar una campaña para atraer nuevos residentes al interior de sus fronteras. La ley obligaba a la comisión a proveer a los inmigrantes toda la información relativa a la excelente atmósfera económica del estado. Los legisladores progresistas deseaban que la comisión prestara especial atención a problemas asociados con la distribución y la asimilación de los inmigrantes. En sus primeros cinco años de operación, la oficina envió a su personal a los campos de inmigrantes y enclaves étnicos en las zonas urbanas para investigar sus condiciones sanitarias y de vivienda. Los profesores de la CIH enseñaron inglés a los inmigrantes, les impartieron clases sobre derechos y obligaciones como ciudadanos y les recomendaron formas de elevar sus estándares de vida.⁵

Encabezados por Simon Lubin, un progresista del norte de California, la comisión recabó información sobre las necesidades y ofertas de trabajo en el campo, la industria y en sectores que realizan obra pública. También hizo numerosas recomendaciones sobre la inadecuada utilización del trabajo de los inmigrantes. Durante la recesión de 1913 a 1914, la CIH presentó una campaña estatal destinada a desarrollar proyectos de obra pública con el propósito de mitigar la

⁵ California, Commission of Immigration and Housing (CIH), *Annual Report, January 1919* (Sacramento: CIH, 1919), 77-78.

tremenda crisis de desempleo. Irónicamente, Los Ángeles, la ciudad con mayor población de inmigrantes en el estado, fue la única que rechazó los planes de obra pública como medio para crear empleos.⁶ Los funcionarios del gobierno de Los Ángeles temían que los proyectos de obra pública animaran la movilización de los trabajadores desempleados hacia la ciudad. Mientras la CIH disfrutaba de amplios poderes de investigación, incluyendo la facultad de celebrar audiencias y proponer la declaración judicial forzosa de testigos, no tenía el poder de obligar a la ciudad de Los Ángeles a aceptar su programa. Como resultado, los desempleados en el sur de California partieron hacia otros sitios del estado en busca de trabajo. Sin embargo, la oficina demostró ser eficiente para, en conjunción con los funcionarios de todo el estado, crear trabajos patrocinados públicamente.⁷

Antes de la primera guerra mundial, los progresistas se concentraron en las condiciones de vida y de vivienda de la comunidad inmigrante. Algunos investigadores que trabajaban en la CIH criticaban generalmente a los empleadores y a los terratenientes por abusar de los inmigrantes. “La mala vivienda y las malas condiciones industriales, los bajos salarios y el desempleo parecen ir de la mano”, concluía un informe en 1916.⁸ A pesar de la devoción de la CIH por la clase trabajadora, el “líder” de los inmigrantes tenía mucho que aprender sobre los atributos y diferencias de los distintos grupos étnicos. En un litigio, la CIH sugirió la necesidad de estudiar las “idiosincrasias” de dos grupos en particular: “los italianos, con su amor a la industria y a la frugalidad, cuya adaptabilidad los hace rápidamente asimilables, y los mexicanos, cuya falta de iniciativa y temperamento itinerante aumentan sus dificultades para adaptarse”.⁹

Los reformistas progresistas involucrados con la CIH dedicaron considerables esfuerzos en los primeros años a mejorar los campos de

⁶ Véase California, CIH, *First Annual Report*, 2 de enero de 1915; *Advisory Pamphlet on Camp Sanitation and Housing* (Sacramento: CIH, 1915); *Report on Relief of Destitute Unemployed, 1914-1915, to His Excellency* (Sacramento: CIH, 1915).

⁷ California, CIH, *Report on Relief of Destitute Unemployed, 1914-1915* (Sacramento: CIH, 1915), 10-11; E. Guy Talbott de la Federación de Iglesias de Sacramento estimó que Los Ángeles tenía por lo menos 25 000 trabajadores desempleados. Véase Talbott, “The Armies of the Unemployed in California”, *Survey* 32, 22 de agosto de 1914, 523.

⁸ California, CIH, *Second Annual Report* (Sacramento: CIH, 1916), 238.

⁹ *Ibid.*, 239.

inmigrantes y la distribución de sus empleos en las actividades industriales y agrícolas; sin embargo, durante el periodo de la guerra, concentraron su energía y su atención en el asunto de la naturalización de los extranjeros. De manera informal, la CIH se convirtió en la punta de lanza del movimiento llamado de americanización en 1916, puesto que mientras trabajaba con las escuelas de Los Ángeles instrumentaba los programas de nacionalización. En un panfleto editado en 1916 e intitolado *Americanization*, la CIH definió sus objetivos asimilacionistas. Invitaba a la comunidad a participar y prometía otorgar materiales y ayuda a las escuelas a fin de lograr sus metas de “buena vivienda, condiciones decentes de trabajo, educación, consejo amistoso siempre que se requiera, ayuda verdadera cuando se presenten problemas”.¹⁰ Un autor contemporáneo reconoció a Los Ángeles como “la primera ciudad donde la educación escolar proporcionada con criterios tendientes a la asimilación resultaba en un certificado que permitía al inmigrante obtener sus papeles de nacionalización”.¹¹

En la comunidad, como parte del experimento de la americanización estadounidense, que incluía la enseñanza en el hogar, clases impartidas por madres para mujeres extranjeras, servicios especiales de bibliotecas para los inmigrantes, visitas de voluntarios casa por casa, campañas publicitarias a través de carteles, canto comunitario, escritura de ensayos patrióticos, producción de obras de teatro que escenificaban el “espíritu democrático y cosmopolita de Estados Unidos” y el desarrollo de escuelas vespertinas de inglés y civismo para inmigrantes adultos. La comisión también conminó a los líderes eclesiásticos a ayudarla a determinar la mejor manera de incorporar a grupos religiosos en el trabajo patriótico para inmigrantes.¹²

Tras declarar, en 1915, que el problema de la educación de los inmigrantes “es claramente un problema de adultos”, los educadores progresistas de la CIH comenzaron a enviar un número limitado de profesores “familiares” (*home teachers*) a las comunidades con resi-

¹⁰ John Steven McGroarty, *History of Los Angeles County*, vol. 3 (Chicago: American Historical Society, 1923), 289.

¹¹ Citado en California, CIH, *The Home Teacher: The Act with a Working Plan* (Sacramento: CIH, 1916), 4-5; véase también Philip Davis, *Immigration and Americanization* (Boston: Ginn, 1920), 462.

¹² California, CIH, *The Home Teacher...*, 4-5.

dentes nacidos en el extranjero. En Los Ángeles, algunos de estos profesores prestaban sus servicios bajo la supervisión de la junta educativa y otros con las Hijas de la Revolución Estadunidense (Daughters of the American Revolution). Un observador local comentó que el profesor familiar “es realmente un visitante amable que va a la casa, se entera de los problemas del padre, de la madre y de los hijos y a menudo ayuda a la familia en la complejidad de la vida en una nueva y extraña ciudad”.¹³ Recelosas de las profesoras que acudían a las casas, las mexicanas preferían ir a las sesiones organizadas en la escuela vespertina. Como resultado, el profesor “familiar” consideró necesario organizar visitas a cada uno de los hogares mexicanos con el propósito de reclutar estudiantes para las clases de inglés y de manualidades industriales.

Los progresistas del campo educativo creían que los problemas asociados con la educación de los inmigrantes suponían mucho más que enseñarles inglés o civismo. Por ello, la CIH entregó a cada profesor “familiar” un manual de políticas que describía sus obligaciones básicas, entre las cuales estaba informar los casos de enfermedad a las oficinas de auxilio y la visita a las oficinas de empleo y plantas industriales para averiguar si requerían trabajadores. Otra de sus tareas era enseñar a los inmigrantes a coser, cocinar, remendar y reparar el calzado. Los educadores de la CIH recomendaban también que los profesores sobrecargados de trabajo y mal pagados dedicaran algún tiempo a recolectar ropa usada y muebles desechados con el propósito de venderlos a “precios razonables” a la población del distrito, a cambio de dinero o de trabajo. La tarea de los inmigrantes en este arreglo comprendía limpiar las instalaciones y lavar y remendar la ropa que sería vendida.¹⁴

Durante los años de la guerra, los progresistas se percataron de que los problemas de la comunidad de extranjeros en Los Ángeles eran demasiado grandes para que los resolviera una sola entidad. Entonces, canalizaron a los inmigrantes a las distintas oficinas que trabajaban en este campo y alentaron a otras organizaciones a ofrecer

¹³ McGroarty, *History of Los Angeles County...*, vol. 3, 287.

¹⁴ California, CIH, *Report on an Experiment Made in Los Angeles in the Summer of 1917 for the Americanization of Foreign-Born Women* (Sacramento: CIH, 1917), 21-22.

mayor atención al inmigrante. En 1916, la CIH encomendó a una escuela de Los Ángeles que satisficiera muchas de las necesidades básicas de los inmigrantes. Ésta, la escuela de la calle Macy, entregó ropa para niños y para adultos, proyectó películas y ofreció otras actividades recreativas en sus horas libres. Ocasionalmente, repartió camas, estufas y otros muebles a familias pobres de inmigrantes. De cualquier manera, los problemas en el distrito seguían siendo enormes. Una encuesta realizada por la CIH en 1916 mostró que de 256 hombres, un poco más de 50 por ciento estaba desempleado. Más aún, la mayoría de quienes tenían empleo ocupaban puestos mal pagados.¹⁵

Los reformadores de Los Ángeles aprendieron mucho sobre las condiciones económicas y sociales de los inmigrantes gracias a la Oficina de Quejas de la CIH (CIH's Bureau of Complaints), cuya función consistía en recibir y revisar querellas, dirigir a quienes las hacían a una oficina de asistencia y recomendar acciones legales tendientes a proteger y ayudar a la población inmigrante del estado. Desde que entró en operaciones la oficina, los mexicanos integraron un abultado expediente de querellantes. En general visitaban las oficinas de la CIH para discutir una gran variedad de asuntos relacionados con cuestiones laborales y domésticas. En 1923, año cuando los mexicanos encabezaron a los grupos de demandantes, 843 de 2 125 casos se referían a salarios o problemas contractuales.¹⁶ Hacia 1924, los mexicanos habían entablado un poco más de 50 por ciento de las demandas relacionadas con alojamiento (1 204 de 2 262 casos). La CIH se vio constreñida a señalar, en uno de sus informes anuales, que “parece ser que la Oficina de Quejas está operando para beneficio de los mexicanos”, lo que no era el caso.¹⁷

En el verano de 1917, los reformadores urbanos echaron a andar en Los Ángeles un programa piloto de asimilación cuyo propósito era promover la naturalización de los residentes del barrio. La CIH seleccionó un pequeño campamento ferrocarrilero en el lado este que albergaba a cerca de cuarenta familias. La profesora “familiar” enviada al sitio informó ese año a la comisión que “en este grupo se ha

¹⁵ California, CIH, *Second Annual Report* (Sacramento: CIH, 1916), 243, 252-253.

¹⁶ California, CIH, *Annual Report* (Sacramento: CIH, 1925), 13.

¹⁷ California, CIH, *Annual Report* (Sacramento: CIH, 1927), 10.

concentrado el rechazo de una prejuiciada comunidad estadounidense”.¹⁸ Para las compañías ferroviarias, los programas de naturalización significaban no sólo combatir las condiciones insalubres sino también los sentimientos sindicalistas y los paros laborales, así como generar una mayor eficiencia en el trabajo a través de la enseñanza del inglés. La compañía se dio cuenta de que los profesores “familiares” tenían resultados “productivos y concretos”, por lo que solicitó formalmente que se enviaran a todos los campamentos a lo largo de las vías del ferrocarril. A cambio, la compañía ofreció amueblar un vagón de ferrocarril como casa modelo para que impartieran clases de labores del hogar y proporcionar transporte gratuito a los profesores. Según el superintendente, “la compañía hizo esta oferta, no por amor a sus empleados mexicanos, sino porque el trabajo del verano había demostrado que hacerlo les resultaba provechoso económicamente”. Como resultado del programa, la compañía informó que la fuerza laboral se había vuelto más confiable. De acuerdo con el superintendente, las condiciones en los campos mejoraron y “la satisfacción de los trabajadores quedaba de manifiesto en un mejor cuidado de las vías”.¹⁹

El gobernador William D. Stephens, ex presidente de la Cámara de Comercio de Los Ángeles, a diferencia de su predecesor, Hiram Johnson, jugó un papel menos entusiasta en el movimiento de la reforma progresista. Stephens se convirtió en gobernador en marzo de 1917. Entre sus primeras acciones, luego del ingreso de Estados Unidos a la primera guerra mundial, ordenó que la CIH funcionara como Comité de Naturalización en todo el estado. Al reconocer el “buen comienzo” de la CIH para nacionalizar a los inmigrantes, Stephens señaló que muchos de los extranjeros estaban “mejor pero imperfectamente familiarizados con nuestro idioma, con nuestras instituciones, con nuestros principios de gobierno o con nuestras razones para estar en guerra”. Temía que algunos pudieran “tener la mente permanentemente envenenada en contra de nuestro gobierno por semillas de discordia y traición” y conminaba al pueblo a permanecer vigilante frente a esta posibilidad. Stephens también alabó a la Legión Americana (American Legion) por su trabajo “dirigido a excluir de

¹⁸ California, CIH, *The Home Teacher...*, 12.

¹⁹ *Ibid.*, 13

Estados Unidos a todos los indeseables e inasimilables” (probablemente una referencia a los grupos asiáticos).²⁰ Como gobernador, rápidamente encabezó el movimiento de naturalización en el estado, parecía cómodo detentando tal responsabilidad, pues declaraba enfáticamente, discurso tras discurso, cosas similares a ésta: “Estados Unidos no puede resistir ser mitad estadounidense y mitad quién sabe qué”, “Tenemos que ser estadounidenses en primer lugar y todo el tiempo”. Su vehemente oposición a la inmigración de asiáticos, así como su desconfianza generalizada hacia los nacidos en otro país, envenenaron el buen trabajo que hacían muchos progresistas en su administración.²¹ Como otros que antes habían sido progresistas, fue arrastrado junto con la ola emocional del americanismo estadounidense. La tolerancia y la sensibilidad que los progresistas habían mostrado hacia los inmigrantes a través de programas como los de la CIH se vieron mermados durante los años de la guerra, cuando también se encontraron atrapados por las corrientes de la histeria xenofóbica, como la “amenaza morena” descrita en el capítulo 4.

La energía y el liderazgo aportados por los reformadores cívico-progresistas en el barrio de East Los Angeles tuvieron poco efecto en la estructura política y social de la comunidad. Los progresistas, algunos de quienes trabajaban o estaban relacionados con oficinas como la CIH, eran pocos en número para alcanzar los amplios objetivos del movimiento. La CIH, que disponía de escaso financiamiento estatal, padeció también cuando los legisladores la vincularon con el movimiento de naturalización. Un factor determinante para esto fue que, salvo en lo respectivo a enseñar inglés a los extranjeros, parecía haber pocos acuerdos sobre los objetivos y metas del movimiento de americanización o los medios para alcanzarlos.²² Las metas de los progresistas para asimilar a la primera generación de inmigrantes demostraron ser demasiado ambiciosas. Cuando los progresistas se alinearon

²⁰ William D. Stephens, *California in the War: War Addresses, Proclamations and Patriotic Messages of Governor William D. Stephens* (California Historical Survey Commission, War History Dept., n.d.), 31, 51.

²¹ *Ibid.*, 31, 34, 51.

²² Carol Aronovici del CIH afirmó con razón en 1921 que “el movimiento de americanización no podía sobrevivir en tiempos normales. Era un movimiento negativo...”. Véase Aronovici, “Americanization”, *Annals of the American Academy of Political and Social Science* 93 (enero de 1921): 134.

con las fuerzas restriccionistas en el Congreso, a principios de los veinte, muchos de los progresistas y de los programas que habían echado a andar perdieron credibilidad en el barrio. En efecto, cuando la CIH llamó a dar fin a la inmigración irrestricta de México en la década de los veinte, a partir de la suposición de que los inmigrantes “estaban causando un inmenso problema social en nuestras asociaciones de beneficencia, escuelas y departamentos de salud”, se hizo evidente que la CIH había dejado de ser el “líder de los inmigrantes”.²³

II

Una de las primeras aventuras de cooperación entre los pioneros colonos estadounidenses y los vencidos del sur de California luego de la guerra entre México y Estados Unidos fue la creación de escuelas públicas. La primera ordenanza escolar de 1851 establecía “que aquí se enseñarían todos los rudimentos de las lenguas inglesa y española”.²⁴ El alcalde de Los Ángeles, Antonio Coronel, quien presidía la Junta Escolar de Los Ángeles y fungía como superintendente de las escuelas del condado entre 1850 y 1855, designó a Manuel Requena para ocupar uno de los tres cargos de la junta de gobierno en 1854. Quince años después, el rancharo Vicente Lugo vació su casa en el pueblo y la ofreció a la diócesis católica, la que, a cambio, estableció una escuela para jóvenes en el edificio: el Saint Vincent College.²⁵ Al paso de los años, muchas de las familias mexicanas acomodadas mandaron a sus hijos al Saint Vincent. En efecto, no fue sino hasta 1872 que Los Ángeles abrió su primera escuela secundaria. A pesar de que Los Ángeles era “mitad mexicana” en 1875, de los seis bachilleres que concluyeron la escuela secundaria ese año, ninguno era de ascendencia mexicana.²⁶

A partir de la creación de un programa de jardín de niños en 1889, Los Ángeles asumió el liderazgo en California para reformar las es-

²³ California, CIH, *Annual Report* (Sacramento: CIH, 1927), 8.

²⁴ McGroarty, *History of Los Angeles County...*, vol. 1, 283.

²⁵ William W. Robinson, *Los Angeles: From the Days of the Pueblo* (San Francisco: California Historical Society, 1959).

²⁶ McGroarty, *History of Los Angeles County...*, vol. 1, 283.

cuelas de acuerdo con ideales educativos progresistas. En 1887, comenzaron a impartirse clases por la noche y por la tarde, incluyendo un programa de educación primaria para adultos. Diez años más tarde, Los Ángeles incorporó la instrucción de oficios y el estudio de las ciencias domésticas, todos los cuales fueron muy populares entre los educadores progresistas en la época, y también comenzaron a experimentar con clases “sin grado escolar” en 1900. Hacia 1905, Los Ángeles era pionero en la educación para niños ciegos y sordos. Influido por el éxito de programas en ciudades del este, logrado gracias a los esfuerzos de los trabajadores sociales colonos, el distrito escolar ofrecía el servicio de guarderías infantiles diurnas para madres trabajadoras, así como oportunidades de enseñanza en la casa para madres que no trabajaban. De manera similar, Los Ángeles patrocinó clubes de madres y organizaciones de padres de familia y profesores, dos proyectos que habían sido largamente promovidos por los educadores progresistas.²⁷

La nueva generación de inmigrantes mexicanos que se conglomeró en Los Ángeles durante el agitado periodo de 1900 a 1930 llegó a un sistema escolar que atravesaba por una completa transformación. Fue en esa época cuando los educadores progresistas, especialmente quienes siguieron a John Dewey, empezaron a cuestionar los métodos tradicionales de la educación de masas, particularmente en el caso de los grupos de inmigrantes. Los educadores progresistas imaginaron las escuelas como instituciones donde los individuos podían prepararse a sí mismos para el mundo real. Dewey, quien tenía gran confianza en el método científico, sostenía que las escuelas primarias debían reflejar la vida de la sociedad. En una sociedad industrial moderna, tal preparación incluía instrucción de oficios y lecciones de civismo y ética. Tal cambio se hizo evidente cuando las escuelas de Los Ángeles extendieron sus clases de entrenamiento manual a las escuelas primarias en 1910; acción que era congruente con el planteamiento de Dewey en el sentido de que, “allí donde anteriormente el niño participaba en las actividades industriales del hogar, ahora participará en las actividades industriales de la escuela, con artesanos, enfermeras, jardineros, supervisores del comedor y contadores que toman el lugar del padre, de la madre o de los hermanos en la antigua casa

²⁷ *Ibid.*, 283-286.

del trabajador de campo”.²⁸ Con el paso de los años, la instrucción de oficios se convirtió en el principal programa de estudios en las comunidades de la clase trabajadora de residentes hispanohablantes y negros de la ciudad.

La educación obligatoria proporcionó a los progresistas los temas y una oportunidad crucial para instituir una reforma. De acuerdo con Lawrence A. Cremin, la mera existencia de la educación obligatoria “condicionó de manera inexorable cualquier intento de innovación educativa durante las décadas que precedieron a la primera guerra mundial”.²⁹ Este hecho se ilustra de manera incomparable con los esfuerzos de California por educar a los inmigrantes que no hablaban inglés. Armados con información derivada de pruebas de inteligencia, generalmente administradas en inglés, los profesores buscaban a los estudiantes “iletrados” y dóciles. “Nuestra tarea”, decía el decano Ellwood P. Cubberley de la Escuela de Educación, de la Universidad de Stanford, “es asimilar y amalgamar a esta gente como parte de la raza estadounidense e implantar en sus hijos, tanto como sea posible, la concepción anglosajona de justicia, ley y orden [...] y despertar en ellos una actitud reverente hacia nuestras instituciones democráticas”.³⁰ Las opiniones de muchos de estos educadores progresistas revelan una fuerte tendencia en contra de los nacidos en el extranjero. Un ejemplo de esta propensión a estereotipar al niño inmigrante queda de manifiesto en la afirmación de la educadora estatal Helen Heffernan: “Nuestra población mexicana tiene parsimonia; un disfrute alegre y ligero del presente; espiritualidad y devoción serena; un amor apasionado por el color, la música y el baile”.³¹ A juicio de Heffernan, la escuela tenía la responsabilidad de enseñar nociones de higiene “a estos pequeños niños extranjeros, muchos de los cuales no han tenido la oportunidad de contar con agua caliente, jabón o peine en casa, aunado al hecho de que a nadie importa si están limpios o sucios”.³²

²⁸ Lawrence A. Cremin, *The Transformation of the School: Progressivism in American Education, 1876-1957* (Nueva York: Vintage Books, 1964), 156.

²⁹ *Ibid.*, 128.

³⁰ Ellwood Cubberley, *Changing Conceptions of Education* (Nueva York: Houghton Mifflin, 1909), 15-16.

³¹ California, *Department of Education Bulletin*, no. 8 (1932): v.

³² *Ibid.*, 23.

El clamor por una amplia reforma educativa durante la era progresista provenía no solamente de los negocios o de los sindicatos que pedían que las escuelas asumieran mayor responsabilidad en cuanto a la instrucción de oficios, sino también de los trabajadores sociales colonos y de los reformadores municipales, quienes demandaban vigorosamente la instrucción en materia de higiene, ciencias domésticas, artes manuales y cuidado de los niños. Luego, por supuesto, estaban los patriotas de todas las ideologías que insistían en incorporar la americanización al currículo escolar. Cuando Estados Unidos entró a la guerra en Europa, el doctor Albert Shields, superintendente de las escuelas de Los Ángeles, creó el departamento de instrucción manual con el propósito de “adiestrar a jóvenes y a mujeres para que fueran capaces de contribuir con trabajo real” en las industrias de defensa.³³

La colonia mexicana mantuvo una relación ambivalente con las escuelas públicas. Si bien inscribieron a sus hijos en las escuelas y consideraron esa oportunidad de aprendizaje como superior a la que habían conocido en su país, al mismo tiempo, continuaban teniendo los problemas de las políticas de segregación y las degradantes experiencias a que eran sometidos sus niños.³⁴ Durante el periodo de 1915 a 1930, el asunto de los números se volvió relevante en el debate público, puesto que se incrementó a más del doble la inscripción de niños mexicanos en las escuelas de Los Ángeles. La Cámara de Comercio de Los Ángeles estimó una inscripción de 15 499 estudiantes mexicanos en 1920, en tanto que el Censo de Estados Unidos de ese año contabilizó 21 598. Hacia 1930, de acuerdo con el censo, los estudiantes mexicanos en Los Ángeles sumaban 55 005 o aproximadamente 14.2 por ciento del total de la población escolar.³⁵ La superintendente de escuelas Susan B. Dorsey se refirió al asunto del incremento de las inscripciones de mexicanos cuando se quejó en una reunión de directores:

³³ McGroarty, *History of Los Angeles County...*, vol. 1: 290.

³⁴ Emory S. Bogardus, “The Mexican Immigrant and Segregation”, *American Journal of Sociology* 36 (julio de 1930): 79.

³⁵ Los Angeles Chamber of Commerce, “Foreign Born Population in Los Angeles”, George P. Clements Papers, Box 80, Los Angeles Department of Special Collections, UCLA; U.S. Bureau of the Census, *Fourteenth Census of the United States Taken in the Year 1920*, vol. 3: *Population*, 123-124; vol. 2: *Population*, 53, 561; *Fifteenth Census of the United States 1930*, vol. 2: *Population*, 1302, 1377.

Es desafortunado e injusto para Los Ángeles, que es ahora la tercera ciudad mexicana más grande del mundo, hacerse cargo del cuidado educativo de este numeroso grupo de personas. Compartimos una carga espiritual tan desproporcionada por tener este elevado número de extranjeros en nuestro suelo. Y llevamos esta carga sencillamente porque estamos cerca de la frontera.³⁶

Muchos educadores ignoraron completamente a la comunidad mexicana o asumieron que los mexicanos no concedían gran valor a la educación. En "Guide for Teachers of Beginning Non-English Speaking Children", dirigida fundamentalmente a la enseñanza de mexicanos, Helen Heffernan concluía que los grupos de extranjeros generalmente carecen de iniciativa, por lo que los profesores deben "realizar un esfuerzo consciente para desarrollarla desde el inicio de la vida escolar". Joseph M. Santos, investigador mexicanoamericano, quien optaba por un grado en Sociología a fines de los veinte en California, observó una oposición entre "muchos estadounidenses" a educar a los mexicanos, "porque la educación provoca que los mexicanos se sientan insatisfechos con sus lotes de tierra y vean el trabajo en las granjas como menor". Santos encontró también una fuerte creencia de que los mexicanos carecían de intelecto, instinto o energía para adquirir las cosas que resultan esenciales para el estándar de vida estadounidense. "Por ello, la educación no puede sino procurarles infelicidad". No obstante, David A. Bridge, educador progresista que examinó los esfuerzos de americanización de las escuelas de Los Ángeles durante la década de los veinte, encontró un fuerte interés entre los mexicanoamericanos en estudiar. Él realizó una encuesta casa por casa en la sección noreste de la colonia mexicana y descubrió que 94.4 por ciento de niños mexicanos en edad de cursar la educación básica se había inscrito a clases. En efecto, los niños italianos del distrito registraron una tasa de asistencia más baja, del orden de 89.7 por ciento.³⁷

³⁶ Citado en Gilbert González, "The System of Public Education and its Function within the Chicano Community, 1920-1930" (tesis doctoral, UCLA, 1974), 134.

³⁷ Prólogo de Helen Heffernan [jefa de la División de Educación Elemental y de Escuelas Rurales en California], "Guide for Teachers of Beginning Non-English Speaking Children", *Department of Education Bulletin*, no. 8 (1932): I; Joseph M. Santos, "Poverty and Problems of the Mexican Immigrant" (tesis de maestría, University of the Pacific, 1931), 121; David A.

El distrito escolar de Los Ángeles mantuvo escuelas separadas para los mexicanos debido a que partían de la premisa de que éstos tenían necesidades especiales, idea que los educadores progresistas no cuestionaron. Muy a menudo, las razones para establecer escuelas segregadas para mexicanos se basaban en la convicción de que este grupo étnico mostraba “características mentales diferentes” de las de los angloamericanos. De acuerdo con una afirmación estereotípica, los niños mexicanos “muestran mayor sentido del ritmo que los angloamericanos” y, a diferencia de los niños estadounidenses, “están interesados principalmente en la acción y en la emoción, no obstante, tienen deficiencias si se trata de realizar un esfuerzo puramente mental”. Se dice que, en una escuela mixta, los mexicanos están en “desventaja por la falta de entrenamiento en casa, por su timidez y por su naturaleza emocional, todo lo cual interfiere su progreso en el curso convencional de los estudios.”³⁸ Sin embargo, Santos encontró que las razones para la segregación estaban relacionadas con el miedo de que los mexicanos llevaran enfermedades a las escuelas, así como con una conciencia de las diferencias raciales con los angloamericanos, además del deseo de las familias mexicanas de “proteger a los niños mexicanos de los prejuicios sociales de los estadounidenses”. Encontró que el método más común de segregar a los niños mexicanos “se lograba al definir los límites de la escuela alrededor de una colonia mexicana y proporcionarles educación en ella”.³⁹

Los educadores progresistas parecen no haber prestado atención a las obvias contradicciones que conllevaba establecer escuelas segregadas con el propósito de asimilar a los niños mexicanos. La segregación era un hecho en la vida en Los Ángeles durante este periodo. De hecho, la marginación de los niños mexicoamericanos, escribe Meyer Weinberg, se “extendió” por toda California, no solamente en Los Ángeles. En ocho de los condados más grandes, había 64 escuelas con una inscripción de 90 a 100 por ciento de niños

Bridge, “A Study of the Agencies Which Promote Americanization in the Los Angeles City Recreation Center District” (tesis de maestría, Los Ángeles, University of Southern California, 1920), 19.

³⁸ Grace C. Stanley, “Special Schools for Mexicans”, *Survey* 44 (1920): 714-715.

³⁹ Santos, “Poverty and Problems...”, 120.

mexicanos.⁴⁰ Las crueldades personales inherentes a la segregación oficial, escribe Weinberg, se percibieron de diversas formas. Los funcionarios escolares requerían que los niños mexicanos, en una parte de Los Ángeles, tuvieran su ceremonia de graduación de manera separada a la de los angloamericanos que asistían a la misma escuela. En un distrito escolar de otro condado, cuando los funcionarios educativos no podían ofrecer edificios exclusivos para los mexicanos, simplemente les asignaban salones de clase separados.⁴¹

Los educadores progresistas justificaban la segregación con el argumento de que se daba a los niños mejores oportunidades para aprender. Las escuelas de Los Ángeles segregaban a los niños por medio de un “plan de agrupamiento a partir de habilidades en tres partes”. Un autor describió el proceso como un “tratamiento científico”: según este sistema cada niño que no lograra acoplarse al esquema de trabajo de la escuela sería retirado del nivel regular y colocado en un grado especial, en un salón conocido en ocasiones como el de “oportunidad”, para que ahí el niño atrasado, el niño tímido o el niño que se desarrolla de acuerdo con una línea y no con otra, pueda ser reencauzado a la normalidad”.⁴² El sociólogo Emory Bogardus, quien visitó todos los colegios, observó que “en las escuelas no segregadas, los niños mexicanos se encuentran frecuentemente en desventaja: llegan con poco o nulo conocimiento del inglés y, en consecuencia, su aprovechamiento es pobre hasta que lo aprenden”. Él favorecía las escuelas segregadas porque allí los mexicanos no tenían que padecer las “insidiosas comparaciones con los estudiantes angloamericanos”.⁴³

Durante los años de la guerra, en particular en los veinte, las escuelas de Los Ángeles adoptaron el ideal de la americanización como un medio para preparar a los estudiantes mexicanos para la vida adulta. En 1919, los legisladores progresistas de la capital del estado contribuyeron en Sacramento a la aprobación de la sección 1702 del Código de Educación estatal, que ordenaba a los profesores enseñar

⁴⁰ Meyer Weinberg, *A Chance to Learn: A History of Race and Education in The United States* (Londres: Cambridge University Press, 1977), 158.

⁴¹ *Ibid.*

⁴² McGroarty, *History of Los Angeles County...*, vol. 1: 285.

⁴³ Bogardus, “The Mexican Immigrant and Segregation”, 80.

“los principios de moralidad, veracidad, justicia y patriotismo”, así como grabar en los estudiantes los males del “ocultamiento, la profanación y la falsedad”, al mismo tiempo que les instruían para la “comprensión de los derechos, obligaciones y dignidad de la ciudadanía estadounidense”.⁴⁴ Más tarde, como apoyo para establecer programas de americanización en las comunidades de habla hispana, Pearl Ellis escribió *Americanization through Homemaking*. Publicado en Los Ángeles en 1929, el libro da las razones específicas para promover la americanización entre los mexicanos: “elevar sus estándares de vida, mejorar las condiciones sanitarias y el control de las enfermedades”, y, a cambio, lograr que “adopten nuestras costumbres, nuestros ideales y nuestro país”.⁴⁵ Uno de los principales objetivos del libro parecía ser la enseñanza de habilidades a las mexicanas para ayudarles a ganarse la vida. Desde 1916, los profesores “familiares” habían enseñado a las inmigrantes a coser, a tejer y a hacer sombreros. Ellis propuso la continuación de este tipo de enseñanza. Sostenía que “a las niñas mexicanas les gusta coser”. “Como solamente 5 por ciento de las niñas mexicanas que se gradúan del octavo grado ingresa a la secundaria, sus habilidades como costureras se deben desarrollar en las escuelas primarias”. Así, Ellis vio la americanización no sólo como una forma de moldear con esquemas angloamericanos sino también como una capacitación y fuente de habilidades laborales para las industrias locales.⁴⁶

Inherente a las reformas progresistas del currículo educativo fue la idea de que las escuelas debían prestar menos atención a las metas tradicionales y, en su lugar, preparar estudiantes para un moderno mundo industrializado. En efecto, John Dewey creía que la capacitación y la enseñanza de oficios en las comunidades más pobres daba la posibilidad “al niño de escoger el camino de su vida en su propia comunidad al hacerle comprender los elementos de las ocupaciones que satisfacen las necesidades cotidianas de un hombre [...]”.⁴⁷ Pocos

⁴⁴ California, Department of Education, *School Law of California, 1919* (Sacramento: Department of Education, 1919), 174.

⁴⁵ Pearl Ellis, *Americanization through Homemaking* (Los Ángeles: Wetzel Publishing, 1929), 7.

⁴⁶ *Ibid.*, 13.

⁴⁷ Citado por Gilbert González, *The Relationship between Progressive Educational Theory and Practice and Monopoly Capital*, Occasional Paper no. 1 (Irvine, Universidad de California: 1976), 31.

programas reflejaban mejor esta idea que el de la escuela secundaria vespertina de Maple Avenue localizada en el barrio mexicanoamericano. Su única particularidad era que los estudiantes se reunían para sus clases vespertinas en el Los Angeles Labor Temple. Los educadores progresistas vieron esta concesión de las escuelas como un triunfo importante, dado el fuerte sentimiento antisindicalista de la comunidad empresarial de Los Ángeles. La asistencia a las clases regulares vespertinas había disminuido por debajo de las expectativas, de modo que debía probarse algo nuevo. El programa en el Labor Temple ofrecía a la colonia mexicanoamericana una variedad de cursos, incluyendo electricidad, dibujo constructivo, plomería, trabajo con lámina de metal, operación de maquinaria pesada, vulcanización, soldadura, además de clases de arte, americanización y música. El programa de estudios en estas clases vespertinas, según comentó un visitante, era “necesariamente sencillo y flexible, destinado al extranjero que no habla inglés ni entiende las leyes de su país adoptivo”.⁴⁸

La descripción de la escuela de la calle Amelia, que proporciona la especialista de la Oficina de Educación estatal, Emeline Whitcomb, hace evidente que la educación progresista tuvo un profundo impacto en las escuelas del barrio de Los Ángeles. Toda la instrucción, que se realizaba en un espacio segregado, se centraba básicamente en el aprendizaje de los valores y de la tradición estadounidenses. Sin embargo, los profesores también reservaban tiempo suficiente para impartir clases de ciencias domésticas. El extranjero, informó Whitcomb, pasaba la mayor parte de un día normal en un “moderno edificio de dos pisos” separado de los salones regulares.⁴⁹ Allí, las niñas preparaban el refrigerio escolar, lavaban y planchaban la ropa de la guardería y aprendían a cuidar a los niños en edad preescolar. El currículo incluía también clases de artes, artesanías y decoración de interiores. Los visitantes, escribió Whitcomb, están favorablemente impresionados con tal “entrenamiento que propicia estadounidenses valiosos”.⁵⁰

Los profesores involucrados en las clases de americanización tuvieron poco éxito en la socialización de tales programas. En este pe-

⁴⁸ McGroarty, *History of Los Angeles County...*, vol. 1: 284.

⁴⁹ Emeline Whitcomb, “Children of Many Nationalities Receive Practical Instruction”, *School Life* II (marzo de 1926): 138-139.

⁵⁰ *Ibid.*, 139.

riodo, pocos mexicanos residentes de Los Ángeles parecían inclinados a llenar los papeles de ciudadanía. Una profesora del turno vespertino del oeste de Los Ángeles, quien se había ganado la confianza de varios de sus estudiantes mexicanos, recibió varias respuestas cuando preguntó por qué eran tan pocos los mexicanos que solicitaban su ciudadanía. “¿En qué nos beneficiaría?”, cuestionó un estudiante. “Los estadounidenses no nos tratarían mejor si lo hacemos. Dicen que somos negros, nos llaman indios, *greasers*, cholos. Obtener la ciudadanía nada cambiará”.⁵¹ Otro estudiante explicó que la reticencia de los mexicanos a naturalizarse se debía a su fidelidad a su viejo país. “Los mexicanos son muy patriotas”, explicó el estudiante. “Aman su lugar de origen, su tierra, más que ninguna otra cosa. Un mexicano que se convierte en estadounidense es visto como renegado, traidor; y, como los estadounidenses siguen viéndolo para abajo, es como «un hombre sin patria». El mismo estudiante se lamentaba de que a los europeos “los tratan más como iguales. Para los estadounidenses, un mexicano es siempre inferior, en algunos lugares no nos permiten la entrada a los teatros, peluquerías y otros lugares públicos. Acaso, ¿un trato de esta naturaleza hace que deseemos ser ciudadanos?”.⁵²

La enseñanza del inglés y el problema de la lealtad a la lengua surgió como uno de los principales temas que discutieron los educadores progresistas, quienes tendían a ignorar numerosos factores relacionados con la dificultad de convertir a los niños mexicanos en monolingües de habla inglesa. Los mexicanos razonaban que Los Ángeles, como otras zonas de la frontera suroccidental, no era sino una extensión geográfica de la patria. Por eso, era natural que los hispanohablantes tuvieran una tarea más fácil que los inmigrantes europeos cuando se trataba del asunto de mantener el idioma de nacimiento. Sin duda alguna, la sobrevivencia en esta zona de miles de lugares y calles con nombre en español y la persistencia de la cultura mexicana impulsaba más a los mexicanos. El clero mexicano reconocía también que la preservación de ciertos patrones culturales tradicionales sólo sería posible si se les enseñaba la lengua materna en

⁵¹ Blanche A. Sommerville, “Naturalization from the Mexican Viewpoint”, *Community Exchange Bulletin* 4 (mayo de 1928): 11.

⁵² *Ibid.*, 11-12.

casa.⁵³ Además, ciertas experiencias y realidades históricas pesaban en los inmigrantes y generaban sentimientos negativos hacia el aprendizaje del inglés. Entre éstos, destacaba la creencia de que aprender la lengua del país que los recibía implicaba una “directa e inmediata sumisión a una cultura y un marco de referencia extranjeros”. Hablar inglés era visto por muchos en la colonia como equivalente a aceptar las tradiciones de la sociedad estadounidense. Los padres mexicanos esperaban idealmente que sus niños pudieran crecer bilingües y aprendieran a apreciar tanto la cultura mexicana como la estadounidense.⁵⁴

III

La creciente respuesta a la causa de la justicia social fue evidente en el desarrollo de la educación progresista y en el surgimiento de organizaciones reformistas públicas y sociales, como se comentó más arriba, así como en la ascensión del movimiento evangélico. Un vocero nacional de este movimiento escribió que el principal propósito de la Iglesia Cristiana había pasado de ser la salvación de los individuos a cuestionar

un anticuado e inmoral sistema económico [...] a promover la justicia y las relaciones fraternales entre los grandes grupos y clases de la sociedad para sentar la base social sobre la cual los hombres modernos de manera individual puedan vivir y trabajar, de tal forma que no se descompongan los mejores elementos con que cuentan.⁵⁵

Asimismo, los ministros del sur de California asociados al movimiento evangélico social pedían un mejor trato para los inmigrantes me-

⁵³ Joshua A. Fishman, *Language and Loyalty in the United States: The Maintenance and Perpetuation of Non-English Mother Tongues by American Ethnic and Religious Groups* (La Haya: Mouton, 1966), 280-317.

⁵⁴ Jane MacNab Christian y Chester C. Christian Jr., “Spanish Language and Culture in the Southwest”, en Fishman, *Language and Loyalty...*, 301.

⁵⁵ Richard M. Abrams, “Reform and Uncertainty”, en William E. Leuchtenburg, ed., *The Unfinished Century* (Boston: Little, Brown, 1973), 49; véase también Richard Pells, *Radical Visions and American Dreams* (Nueva York: Harper and Row, 1973), 141-142, 144.

xicanos. Hablaban el idioma del reformador progresista al exponer injusticias como las del empleador en las comunidades rurales cercanas a Los Ángeles que permitían la explotación de los trabajadores mexicanos inmigrantes. Robert McLean, líder religioso de Los Ángeles, dio voz a esa preocupación cuando escribió acerca de uno de los campos de migrantes inspeccionado por la Oficina de Vivienda estatal. Como si fuera un periodista amarillista, señaló que

las condiciones morales escapaban a la descripción: contrabandistas de licor, jugadores y mujeres viciosas merodeaban el campamento cargando el dinero que habían sacado de los bolsillos de los trabajadores una vez que las deudas eran pagadas en la comisaría. Los niños nacían en tiendas donde no había camas ni colchones [...].⁵⁶

Durante 1910 y 1920, el espíritu progresista al interior de la Iglesia Cristiana influenció las actividades religiosas en el barrio. Mientras la gran mayoría de los mexicanos eran católicos, los líderes religiosos de esta denominación, así como las sectas protestantes se sintieron comprometidos por los lazos aparentemente débiles entre la comunidad y las iglesias católicas romanas. A diferencia de los inmigrantes irlandeses y polacos de las ciudades del este, los mexicanos hacían limitados sacrificios económicos para la construcción de sus parroquias locales. Había dos razones principales para explicarlo: primero, muchos anticipaban su regreso a México y no encontraban sentido en crear el Reino de Dios en Los Ángeles; segundo, muchos mexicanos tenían una fuerte ideología anticlerical alimentada por los sucesos en México durante y después de la Revolución. Cuando los mexicanos comenzaron a mudarse al lado este de Los Ángeles, el primer asentamiento se instaló en zonas anteriormente ocupadas por familias italianas y polacas. Allí los mexicanos no deseaban establecer su propia iglesia étnica y, de igual manera, la Iglesia Católica Romana se mostraba reticente a gastar fondos en nuevas edificaciones.

Un serio problema que enfrentaron las iglesias católica y protestante fue la escasez de personal de habla hispana. En una iglesia católica donde se daba el sermón en español, “más de veinte mil per-

⁵⁶ Robert N. McLean, *That Mexican! As He Really Is, North and South of the Rio Grande* (Nueva York: Fleming H. Revell, 1928), 145.

sonas” asistían a misa los domingos por la mañana. Linna E. Bresette informó que la iglesia ofrecía ocho misas los domingos, a cada una de las cuales asistían de dos mil quinientas a tres mil personas. En Venice Beach, en West Los Angeles, el misionero hermano Isaías, “profeta” evangélico popular entre la población de habla hispana, atrajo a tres mil personas a un espacio a cielo abierto arreglado para sentar a seiscientos. Bresette, católica laica contratada para examinar el impacto del trabajo religioso entre los mexicanos en Estados Unidos, recomendó que la Iglesia hiciera más uso de los padres y monjas que vivían en las comunidades mexicanas. En Los Ángeles, según dijo, tuvieron éxito las iglesias y las escuelas parroquiales cuyas monjas aceptaban trabajar impartiendo clases regulares de español y trabajando en las enfermerías matutinas.⁵⁷

A pesar de que las autoridades católicas y protestantes en Los Ángeles parecían inspiradas por el movimiento social evangélico, sólo se comprometieron con fondos y programas limitados para el barrio en el periodo de 1900 a 1930. En la porción oeste de Belvedere, la diócesis católica mantuvo solamente una iglesia para una población mexicana estimada en diez mil personas, y muchos miembros de la comunidad que asistían tuvieron que ir a los servicios en otras zonas. Los protestantes en Belvedere tenían un total de seis templos, incluyendo dos de Pentecostés. La única iglesia bautista en el barrio admitió que sus instalaciones no cubrían las necesidades del creciente número de mexicanos que habían adoptado tal religión.⁵⁸

En el sector este de Belvedere (conocido como Maravilla Park), los mexicanos contaban con menos instalaciones religiosas que en la parte oeste de esa comunidad. Aunque un estimado de entre ocho mil y diez mil mexicanos construyó sus casas en Maravilla Park a mediados de los veinte, sólo tres iglesias atendían a toda la comunidad y sólo una de ellas tenía a un pastor mexicano. Además, las tres realizaban un mínimo de actividades sociales.

Durante la década de los veinte, cuando muchas familias mexicanas de las clases media y alta residían en Boyle Heights, expertos

⁵⁷ Linna E. Bresette, *Mexicans in the United States: A Report of a Brief Survey to the Catholic Welfare Conference* (Washington, D.C.: Catholic Welfare Conference, 1929), 24.

⁵⁸ Samuel Maldonado Ortegón, “The Religious Status of the Mexican Population of Los Angeles” (tesis de maestría, Los Ángeles, University of Southern California, 1932), 61.

en religión y seguridad social consideraron las iglesias de la comunidad entre las mejores de la ciudad, ciertamente mejores que las de Belvedere y Maravilla Park. En un estudio sociológico, Samuel Maldonado Ortegón preguntó sobre la calidad de los servicios que prestaban a los mexicanos las iglesias en Los Ángeles y concluyó que Boyle Heights tenía las mejores instalaciones. En esa comunidad, grandes casas se extendían por las colinas; el alto número de italianos que ahí se encontraba, así como la riqueza del distrito explicaban en gran parte las magníficas instalaciones religiosas. A fines de la década de los veinte, trece iglesias atendían a los residentes de Boyle Heights.⁵⁹

En contraste, en Sonoratown, sólo había dos iglesias: la metodista episcopal de la Plaza y la iglesia católica de Nuestra Señora Reina de Los Ángeles atendían las necesidades religiosas de la colonia mexicana. El distrito estaba integrado predominantemente por trabajadores mexicanos, muchos de los cuales eran huéspedes en las casas de asistencia y en los hoteles alrededor del centro de la Plaza. Para cubrir las grandes necesidades sociales y religiosas de estos nuevos inmigrantes, la iglesia metodista episcopal de la Plaza, encabezada por el instruido mexicano doctor E.M. Stein, estableció el programa social más extenso para los inmigrantes mexicanos en la ciudad. Las influencias del movimiento social evangélico y del trabajo social eran claramente visibles en este centro. Iniciado en 1915 por Catherine B. Higgins, quien venía de Chicago, el centro de servicio social metodista episcopal fue reconocido a nivel nacional por su trabajo entre los inmigrantes mexicanos. El centro ofrecía ayuda legal, empleo, servicios de naturalización y de “deportación”, así como programas de apoyo y rehabilitación. Como una ayuda adicional a la pobre colonia de la Plaza, la iglesia proporcionaba una clínica médica bien equipada con personal entrenado.⁶⁰

Tres principales organizaciones católicas dedicaron sus energías a trabajar con la población mexicana de Los Ángeles: el Consejo de Guerra Católico Nacional (National Catholic War Council), el Consejo de Bienestar Católico Nacional (National Catholic Welfare Council)

⁵⁹ *Ibid.*, 61.

⁶⁰ Véase Vernon M. McCombs, “Rescuing Mexican Children in the Southwest”, *Missionary Review of the World* 46 (julio de 1923): 529-532.

y el Consejo de Mujeres Católicas (Catholic Council of Women). Este último realizó actividades comunitarias y asumió la responsabilidad de implementar programas como educación cívica.⁶¹ También promovió equipos deportivos, especialmente de beisbol, clases para madres y clases de costura y *picnics* para niñas. El Comité Mexicano de los Caballeros de Colón apoyó al Consejo de Bienestar Católico en la publicación del *Civics Catechism* en español, que exponía los derechos y obligaciones de los ciudadanos. El libro fue reconocido por su gran labor para “educar a los mexicanos en la conciencia de que tienen derechos en Estados Unidos”.⁶² Las iglesias locales también distribuían copias gratuitas de sus dos periódicos, *La revista católica* y *La propagandista*. La iglesia conocía bien el enorme trabajo que había que realizar en las comunidades mexicanas; no obstante, los líderes católicos no siempre demostraban empatía con los inmigrantes. En el Congreso Católico de Los Ángeles de 1927, una “autoridad católica” para la población mexicana señaló que el “mayor problema de los misioneros” es el de “las hordas que llegan de nuestros hermanos mexicanos”. Urgía a los católicos a tomar esta tarea como “un trabajo patriótico” en todos los niveles.⁶³

Igual que los educadores progresistas, los ministros del movimiento social evangélico consideraron la asimilación como un primer paso hacia la responsabilidad cristiana. Los templos protestantes esperaban integrar a los inmigrantes mexicanos promoviendo los valores y costumbres estadounidenses, a través de clases y actividades sociales y educativas informales. La mayoría de los templos y misiones en Los Ángeles patrocinaban actividades recreativas que subrayaban las tradiciones estadounidenses. Por dar un ejemplo, se enseñaba a los niños mexicanos a jugar deportes populares en Estados Unidos, como el basquetbol, el beisbol y el futbol americano, y los desalentaban a involucrarse en deportes tradicionales en México, como el boxeo, el billar y el futbol sóccer. Algunos líderes religiosos se entusiasmaron con la idea completa de la asimilación y de la conversión a la religión fundamental. El pastor bautista Edwin R. Brown, por ejemplo,

⁶¹ Bresette, *Mexicans in the United States...*, 24.

⁶² *Ibid.*, 25.

⁶³ *Ibid.*, 25, 27.

observó que “sin las restricciones morales de la cristiandad evangélica, en nuestro medio los mexicanos son una amenaza y un riesgo”. No obstante, una vez convertidos, argumentaba Brown, los mexicanos pueden volverse un activo “social, político y económico, por lo que, incluso desde el punto de vista del patriotismo, no podemos hacer un mayor servicio a nuestro país que evangelizar a los inmigrantes mexicanos”.⁶⁴

Los líderes religiosos, tomando a la letra el movimiento evangélico social, animaron otras actividades religiosas para elevar el estándar de vida de la familia mexicana. McLean informó que casi cada templo comenzó su ministerio a través de escuelas nocturnas, clínicas, clubes de muchachos y muchachas y actividades diversificadas. Jay S. Stowell confirmó que los programas de americanización ofrecidos en las misiones o en los templos del vecindario se asemejaban a los instituidos por las escuelas locales para propiciar la asimilación. Estos programas, según Stowell, incluían enseñanza del inglés, español, música, electrónica, enfermería práctica, salud, sanidad, costura y cocina.⁶⁵

Para complementar el trabajo de las escuelas progresistas en el barrio, las organizaciones religiosas, principalmente las católicas y las protestantes, desempeñaron un papel activo en el intento de americanizar a los inmigrantes mexicanos. El programa, cuyo propósito último era eliminar las ataduras de los migrantes mexicanos con su patria y volver a formarlos, resultó atractivo a los simpatizantes del movimiento evangélico social. Además, juzgaron consistentes los fines generales de la americanización con sus propios ideales. Los líderes religiosos entendieron que su esfuerzo por diseminar el movimiento evangélico entre los recién llegados resultaría significativamente más fácil si los extranjeros aprendían inglés y aceptaban los valores estadounidenses.

Para algunos trabajadores protestantes, el reto de asimilar a los inmigrantes mexicanos iba más allá del entrenamiento cívico, la instrucción del inglés y el consejo sobre salud y sanidad adecuadas.

⁶⁴ Rev. Edwin R. Brown, “The Challenge of Mexican Immigration”, *Missionary Review of the World* 49 (marzo de 1926): 195.

⁶⁵ Robert N. McLean, “Reaching Spanish-Americans with the Gospel”, *Missionary Review of the World* 48 (noviembre de 1925): 869-874; Jay S. Stowell, *The Near Side of the Mexican Question* (Nueva York: George H. Doran, 1921), 81.

Los recién llegados, para tener éxito en la sociedad estadounidense, no tenían más remedio que dejar a un lado todos los hábitos de su viejo mundo, incluyendo el catolicismo. El pastor de Los Ángeles Charles A. Thomson habló de esto al escribir que mientras son “formalmente católicos, una buena proporción de los mexicanos está a la deriva en el sentido religioso y no son atendidos efectivamente por iglesia alguna”.⁶⁶ Jay Stowell fue uno de los anticatólicos más recalcitrantes, creía que había llegado el momento “para la Iglesia Católica Romana de aceptar francamente sus limitaciones pasadas y embarcarse en una campaña educativa diseñada para sustituir una religión de la superstición con una religión de la iluminación, una religión de explotación moral y financiera con una de servicio”.⁶⁷ Muchos observadores católicos estaban claramente conscientes de la campaña para desacreditar el trabajo que habían realizado entre los inmigrantes mexicanos. A su vez, los sacerdotes católicos acusaban a los protestantes por atraer a esquemas engañosos con el propósito de ganar adeptos. Un laico católico refirió haber sido testigo de cómo encontró a un grupo de mujeres mexicanas en una iglesia protestante rezando el rosario. Cuando este hecho fue comentado, el ministro protestante respondió: “No podemos quitarles todo de golpe”.⁶⁸

El resultado de los esfuerzos de americanización y de las actividades proselitistas durante el periodo del movimiento social evangélico varió de acuerdo con la comunidad. Algunas secciones nuevas de la colonia mexicana obtuvieron pocos beneficios del brazo social de las iglesias católicas. En algunos casos, los líderes religiosos duplicaron sus esfuerzos al ofrecer servicios sociales. Ortegón estimó que al menos cuarenta iglesias proporcionaban servicios religiosos y sociales a la colonia mexicana de Los Ángeles en los veinte.⁶⁹ El impacto de los programas de americanización generado a través de la Iglesia, si bien popular entre muchos de los ministros protestantes, tuvo un atractivo limitado y recibió críticas en algunas instancias. Un sacerdote de Los Ángeles, por ejemplo, respondió con enojo a una pre-

⁶⁶ Rev. Charles A. Thomson, “Linking the Two Americas”, *Missionary Review of the World* 51 (agosto de 1928): 623.

⁶⁷ Stowell, *The Near Side...*, 80.

⁶⁸ Bresette, *Mexicans in The United States...*, 36.

⁶⁹ Ortegón, “The Religious Status...”, 61.

gunta relativa a la tasa de éxito de la naturalización de mexicanos. Aparte de las actividades de la iglesia, sólo encontró “antiamericanización aquí y allá y en todos lados”. Razonaba que mientras los “estadunidenses tratan a los mexicanos como una raza inferior”, devalúen su trabajo, les paguen bajos salarios y los maltraten en general, los mexicanos mostrarán poco interés en convertirse en ciudadanos estadunidenses. En su opinión, no era una sorpresa que “no les importara un comino volverse ciudadanos”.⁷⁰

En los veinte, conforme los progresistas se involucraron con el asunto de las restricciones a la inmigración, algunos líderes religiosos locales se manifestaron también por el sistema de cuotas. No obstante, el reverendo Robert N. McLean de los Trabajos Hispanohablantes (Spanish Speaking Works), de las misiones nacionales de las iglesias presbiterianas en Los Ángeles, salió a la defensa de los mexicanos durante este periodo de despertar nativista. McLean escribió varios libros y numerosos artículos en los que alababa la contribución de los mexicanos a la economía del suroeste y afirmaba que los estereotipos negativos derivaban de los prejuicios raciales y de clase. El trabajador mexicano, escribió, “está aquí para quedarse y de manera inevitable hará su contribución a la vida nacional”. McLean trabajó con mexicanos en el lado este de Los Ángeles, así como con trabajadores inmigrados que levantaban cosechas en la región localizada entre Los Ángeles y el valle de Salinas. Criticó a quienes acusaban a los mexicanos de “ser itinerantes”. Los “hábitos de los mexicanos no son migratorios, más bien son los hábitos de las industrias que les ofrecen un modus vivendi los que ciertamente lo son”.⁷¹

Algunos centros religiosos, como la iglesia metodista episcopal de la Plaza, complementaban los servicios ofrecidos por organizaciones voluntarias. Desafortunadamente para la colonia mexicana, muchos de los proyectos preparados de acuerdo con los ideales del movimiento evangélico social nunca progresaron más allá de la fase de planeación o se quedaron en las primeras etapas de desarrollo cuando

⁷⁰ John Daniels, *Americanization Studies: America Via the Neighborhood* (Nueva York: Harper and Brothers, 1920), 245.

⁷¹ Véase, por ejemplo, Robert N. McLean, *The Northern Mexican* (Nueva York: Home Mission Council, 1930); ídem, *That Mexican!...*; ídem, “Mexican Workers in The United States”, en *National Conference of Social Work, Proceedings* (Chicago, 1929), 538.

el golpe de la Gran Depresión de 1929. La mayoría de los grupos religiosos proporcionó fondos, mínimos, para apoyar a los mexicanos en Los Ángeles durante el periodo de 1900 a 1930, y lo mismo durante los años de la Depresión. Además, pocos contaban con personal de oficina que hablara español. Estudios de la misma época de Manuel Gamio, Evangeline Hymer y Samuel Ortegón sugieren que la gente de la comunidad no asistía tanto a las actividades sociales patrocinadas por las diversas organizaciones religiosas en Los Ángeles, si bien en algunos casos útiles y divertidas; mientras que sí lo hacía a las patrocinadas por las entidades de la propia comunidad de los mexicanos.⁷² Aunque las iglesias fueron unas de las pocas instituciones formales que lograban resolver las necesidades de los inmigrantes mexicanos, la mayoría de los grupos religiosos de Los Ángeles se interesaron en trabajar con mexicanos sólo durante la época posterior a la primera guerra mundial. En el breve lapso de una década, pocos centros religiosos alcanzaron los fines que se propusieron.

IV

Cuando la colonia mexicana empezó a extenderse hacia el este en los años posteriores a la primera guerra mundial, adquirió una nueva cohesión. En la zona de la Plaza, los mexicanos se mezclaron con los europeos, incluso algunas secciones de la vecindad cruzaban hasta el barrio chino y la comunidad negra. En el lado este, al contrario, el barrio tenía límites más claramente definidos, lo que dio a la comunidad un carácter aislado. Los sociólogos de esa época consideraban que la segregación de la colonia mexicana era una consecuencia inevitable del racismo estadounidense. Los mexicanos reconocían que el pequeño abanico de opciones para la vivienda estaba determinado por factores raciales, aunque también se desplazaron en grandes cantidades hacia el lado este buscando mantener las relaciones sociales que hacían más llevadera su transición a la vida estadounidense. En

⁷² Manuel Gamio, *Mexican Immigration to The United States: A Study of Human Migration and Adjustment* (Chicago: University of Chicago Press, 1930); Elizabeth Hymer, "A Study of the Social Attitudes of Adult Mexican Immigrants in Los Angeles and Vicinity: 1923" (tesis de maestría, Los Ángeles, University of Southern California, 1924); Ortegón, "The Religious Status", 14-15.

las colonias, encontraban que se hablaba español en las tiendas e iglesias, allí podían recibir créditos y reunirse con otras personas que provenían de sus pueblos o patria. El mundo social de los inmigrantes mexicanos en Los Ángeles dependía fundamentalmente de las relaciones personales. En la colonia, los mexicanos podían esperar que sus vecinos entendieran los valores y costumbres mexicanos. En el lado este, el nacionalismo mexicano y la conciencia cultural encontraron campo fértil y los sentimientos influyeron las instituciones voluntarias.

Las asociaciones del barrio que surgieron en Los Ángeles después de 1918 tenían tres funciones básicas: satisfacer las necesidades inmediatas de las familias de los trabajadores inmigrantes, particularmente de vivienda, empleo y cuidado de la salud; mantener la cultura y los valores tradicionales de la patria a través de la promoción de fiestas religiosas y nacionales, y elevando la conciencia étnica y de clase de la comunidad; mejorar el estatus de la comunidad y de los individuos oponiéndose a leyes injustas, a la explotación y al menoscabo de los derechos civiles.⁷³

La mayoría de los registros de membresía de estas organizaciones comunitarias no sobrevivió y, por ello, no disponemos de un perfil preciso de sus miembros o de su nivel de participación. Como más de 90 por ciento de la comunidad mexicana trabajaba en tareas de cuello azul de baja o nula capacitación y ganaban salarios muy por debajo de los que percibía el trabajador estadounidense promedio, puede suponerse que la mayoría de quienes se adhirieron a las asociaciones del barrio provenían de bajos estratos socioeconómicos.

En virtud de que la mayoría de los inmigrantes mexicanos en Los Ángeles probablemente consideraba la posibilidad de volver a México en algún momento, muchas de sus actividades en Estados Unidos tendían a la conservación de sus sentimientos patrióticos. Una de las organizaciones, el Club Independencia, se constituyó en Los Ángeles en 1920, “con la patriótica finalidad de realizar propaganda en contra de la intervención [de Estados Unidos] en México y en favor

⁷³ Véase, por ejemplo, Edward R. Kantowicz, “Polish Chicago: Survival through Solidarity”, en Melvin G. Holli y Peter d’A. Jones, eds., *The Ethnic Frontier* (Grand Rapids: Eerdmans Publishing, 1977), 179-210.

de la protección de los derechos de los mexicanos” en territorio estadounidense. La asociación prometía también “trabajar activamente para reducir la difamación que ciertos elementos de mala fe habían dirigido contra nuestro país”. Su presidente, Luis G. Franco, hizo notar que el club buscaba la unificación de los partidos políticos mexicanos y se “preocupaba por la defensa de los intereses de la patria, sin mezclarse en la política de este país”.⁷⁴ Algunos de los más fuertes y eficaces líderes de la colonia mexicana dedicaron sus esfuerzos a los asuntos políticos y sociales relacionados con México. Esta fuerte preocupación por los asuntos de la patria a menudo diluía la fuerza política que los inmigrantes mexicanos podrían haber tenido en la comunidad de Los Ángeles.

Otra organización, la Comisión Honorífica, similar al Club Independencia, funcionaba también como un centro patriótico para los inmigrantes mexicanos. La comisión alegaba representar a todos los mexicanos de la ciudad y a “conservar con celo la dignidad de la nación [México]”.⁷⁵ En Los Ángeles, como en otras ciudades con representación consular mexicana, la comisión tenía como presidente al cónsul o vicedcónsul mexicano. En la mayoría de las zonas donde existía la Comisión Honorífica, los líderes de las comunidades locales y otras asociaciones voluntarias trabajaron bajo su brazo para planear la conmemoración anual de las festividades del 5 de mayo y del 16 de septiembre.

Las fiestas dieron a los recién inmigrados una oportunidad para demostrar conciencia de grupo. Éstas generalmente consistían en un desfile por las calles Spring y Broadway, seguido de un baile y de un concurso de belleza por la noche. *La Prensa* y *El Herald* daban amplia cobertura a las dos celebraciones y utilizaban la ocasión para recordar a los mexicanos su “gloriosa herencia” y su deber patriótico. Y aun cuando en estas fiestas se mostraba el fuerte nacionalismo mexicano, los miembros de los clubes patrióticos entendían bien las realidades políticas de su nuevo entorno. Así, por ejemplo, los patrocinadores de las fiestas siempre invitaban, como orador principal, a un miembro distinguido de la comunidad angloamericana, gene-

⁷⁴ *La Prensa de Los Ángeles*, 31 de enero de 1920; *ibid.*, 8 de mayo de 1920.

⁷⁵ *Los Angeles Times*, 29 de enero de 1921.

ralmente el alcalde o un funcionario de alto rango de la ciudad. En 1919, el comité invitó al general Frank C. Prescott, quien con falta de tacto dijo a una muchedumbre de cinco mil personas que “si los líderes de México no se ponen de acuerdo [para resolver la lucha revolucionaria], Estados Unidos se vería forzado a intervenir militarmente”.⁷⁶ Al año siguiente, el comité de la fiesta escogió a un orador menos controversial, quien instó a la audiencia a enrolarse en los programas de americanización y a “sacar provecho de la educación impartida en las escuelas públicas”.⁷⁷

La década de los veinte dio a las fiestas un carácter comercial y un mayor espíritu empresarial. Por ejemplo, durante los años de 1919 a 1921, “las fiestas patrias”, que hasta entonces habían sido organizadas por varias asociaciones mexicanas voluntarias bajo la dirección de la Comisión Honorífica, quedaron bajo el control parcial de diversas asociaciones empresariales de América Latina, cuyo principal interés parecía ser la obtención de utilidades en las celebraciones. Después de la primera guerra mundial, todo el condado presentaba en esas fechas una atmósfera festiva que dominaba las celebraciones de manera creciente, sobre todo en la medida en que los patrocinadores capitalizaban el potencial comercial de las festividades mexicanas. En 1919, más de cinco mil personas asistieron a la celebración del 16 de septiembre en Lincoln Park, sobre la cual observó el diario *Los Angeles Times* que la mayor atracción era la alegría generalizada.⁷⁸ La enorme asistencia a las celebraciones de 1919 aparentemente animó a un grupo de ambiciosas personas no ligadas al comité mexicano de planeación, a introducir nuevos eventos comerciales en las fiestas de 1920. Ese año, los promotores incrementaron el número de locales concesionados y vendieron boletos para una exhibición de lucha.⁷⁹

Los organizadores de los festivales de 1921 y 1922 recibieron publicidad adversa debido a la cancelación de una corrida de toros programada en el Praeger Park durante la celebración del 5 de mayo,

⁷⁶ *Ibid.*, 17 de septiembre de 1919.

⁷⁷ *Ibid.*, 19 de septiembre de 1920.

⁷⁸ *Ibid.*, 17 de septiembre de 1919.

⁷⁹ *Ibid.*, 17 de septiembre de 1920; *El Heraldo de México* (Los Ángeles), 2 de agosto de 1921.

en 1922. Esta publicidad convenció a la mayoría de los mexicanos en Los Ángeles de que, en efecto, las fiestas se habían convertido en burda comercialización. Pues, después de que un buen número de personas habían pagado su entrada a la plaza, el locutor informó que la Sociedad para la Prevención de la Crueldad en contra de los Animales había cancelado el espectáculo. Los patrocinadores, la Sociedad Hispanoestadunidense, se rehusaron a devolver al decepcionado auditorio el dólar que había costado la entrada.⁸⁰ En los siguientes días, se incrementó la publicidad negativa, sobre todo cuando el diario *Los Angeles Times* informó que Pedro Espejo, el matador de toros contratado, había demandado a la Sociedad por no pagarle los cuatrocientos dólares que le habían prometido.⁸¹

Después de este incidente, las Sociedades Mexicanas Confederadas de California demandaron a la Sociedad Hispanoestadunidense en un intento por “evitar nuevas «explotaciones» al público”. La demanda señalaba: “Año tras año, un grupo de individuos amparados bajo el membrete de Sociedades Hispanoestadunidenses se aprovecha de nuestras fiestas nacionales para explotar la buena fe y los altos sentimientos patrióticos de la colonia mexicana en esta ciudad, organizando festividades que no tienen otro propósito que obtener utilidades para un pequeño grupo de personas”.⁸² En 1924, miembros de la prensa mexicoamericana, el cónsul mexicano y un grupo de líderes de las asociaciones de voluntarios se reunieron para resolver el problema, para lo cual designaron una comisión especial, la Unión Mexicana de Periodistas, para que se encargara de hacer todos los arreglos necesarios para las fiestas de ese año.⁸³

La selección de la Unión Mexicana, que se rehusó a cooperar con las asociaciones voluntarias latinoamericanas, demostró otra faceta del nacionalismo mexicano. Durante varios meses, luego de la creación de la Unión Mexicana, aparecieron docenas de cartas en *El Herald* que defendían y atacaban la nueva estructura organizativa, debido a que excluyó a los centroamericanos de Los Ángeles de la planeación

⁸⁰ *Los Angeles Times*, 2 de mayo de 1922; *ibid.*, 5 de mayo de 1922.

⁸¹ *Ibid.*, 11 de mayo de 1922.

⁸² *Ibid.*, 15 de mayo de 1922.

⁸³ *Ibid.*

de las celebraciones mexicanas.⁸⁴ La discusión ya no se centraba solamente en el asunto de la explotación y de la comercialización, sino directamente en la controversia de celebrar la Independencia mexicana y centroamericana el mismo día, en la medida en que el aniversario de ambas fiestas ocurría en septiembre. Los líderes de las asociaciones mexicanas consiguieron resistirse a la idea de celebraciones conjuntas por los anteriores problemas en los festivales de 1921 y 1922. La idea de la “unidad latina” era todavía incipiente.

Otra organización, la Alianza Hispanoamericana, una de las asociaciones mexicanas de voluntarios más populares en Los Ángeles y en todo el suroeste, fue objeto de duras críticas a mediados de los veinte por no haber prestado una mayor atención a las necesidades sociales de la comunidad mexicana.⁸⁵ Fundada en 1894, gracias a los esfuerzos de Carlos Velasco, rico integrante de la oligarquía de Arizona, y de Manuel Samaniego, hombre de negocios de Tucson, la Alianza se expandió rápidamente a otras zonas del suroeste. Según uno de sus fundadores, Ignacio Calvillo, la Alianza surgió para “proteger y luchar por los derechos de los hispanos en Tucson, porque entonces había muchos conflictos y malos sentimientos entre nosotros y los anglosajones, causados en gran parte por prejuicios, malos entendidos e ignorancia”.⁸⁶

Hacia 1917, la Alianza tenía 85 oficinas en Nuevo México, Arizona, California, Nevada y Chihuahua, México.⁸⁷ No obstante, aun cuando había forjado una buena reputación al proporcionar servicios de seguridad social a todas las clases de mexicanos en el suroeste, en la década de los veinte su liderazgo decayó por su autocomplacencia y apenas si organizó algo más que bailes y convenciones sociales. Con poco contribuyó en Los Ángeles a algún proyecto caritativo o para apoyar, como lo hicieron otras organizaciones, los esfuerzos para proporcionar educación y bienestar a la mayoría de los recién inmigrados.

⁸⁴ *El Heraldo de México* (Los Ángeles), 16-21 de enero de 1924.

⁸⁵ *La Prensa de Los Ángeles*, 22 de noviembre de 1917.

⁸⁶ David Weber, *Foreigners in their Native Land: Historical Roots of the Mexican Americans* (Albuquerque: University of New Mexico Press, 1973), 217.

⁸⁷ *La Prensa de Los Ángeles*, 22 de noviembre de 1917.

En 1927, durante la XXXIII Convención Anual de la Alianza, realizada en Los Ángeles, los editores de *El Herald* censuraron a la asociación por haber puesto demasiada atención en fines materiales egoístas y por tener demasiados angloamericanos en sus consejos directivos nacional y local.⁸⁸ En realidad, observó *El Herald*, “la Alianza es sólo una compañía de seguros que ofrece servicios inferiores a los de otras compañías”.⁸⁹ Además, según afirmaban sus críticos, la asociación requería “mexicanizar” su liderazgo. “Seguramente”, escribió un editorialista, “entre los nueve mil miembros de la Alianza hay mexicanos capaces de dirigir la asociación”.⁹⁰

Algunas preguntas planteadas por *El Herald* mostraban la creciente preocupación entre los líderes de la comunidad mexicana de Los Ángeles por la clase trabajadora. Por ello, los editores del periódico decidieron publicar un boletín, *La Alianza*, con el fin de instrumentar un programa que ayudara a los inmigrantes mexicanos con problemas de empleo. *El Herald* recordaba a los delegados de la convención que los trabajadores mexicanos “vinieron a este país en busca de una vida mejor, pero han sido esclavizados y tratados como si fueran inferiores y [ahora] están completamente abandonados”. Sin embargo, pese a las críticas, la convención continuó, la alianza prestó poca atención y ni los miembros ni los delegados hicieron compromiso alguno. De hecho según Manuel P. Servín, la membresía de La Alianza aumentó a fines de los veinte y la organización persistió al menos hasta la Depresión como una de las más poderosas asociaciones de mexicanos en el país. Su éxito se debió principalmente a su programa de seguros de bajo costo y al hecho de que proporcionó a los inmigrantes la rara oportunidad de pertenecer a algo que parecía una fraternidad con membresía “exclusiva”. Uno de los rasgos distintivos de la organización fue el establecimiento de oficinas en México, pues muy pocas organizaciones de mexicanos en Estados Unidos se expandieron hacia la patria de los inmigrantes.⁹¹

Las mujeres también tenían un papel importante en la vida institucional del barrio. Afortunadamente para la comunidad, las mexica-

⁸⁸ *El Herald de México*, 19 de enero de 1927.

⁸⁹ *Ibid.*

⁹⁰ *Ibid.*, 21 de enero de 1927.

⁹¹ Servín, ed., *An Awakened Minority...*, 34-35.

nas no limitaban su participación a las organizaciones fundadas para su género, sino que trabajaban en diversas cuestiones en numerosas agrupaciones. Muchas de las fraternidades y de las organizaciones políticas excluían a las mujeres de su membresía y/o restringían su participación a un estatus subordinado o auxiliar, aunque es evidente que hacia la década de los veinte, las mujeres trabajaban activamente en causas sociales y políticas, y la comunidad aceptó en general su dedicación al trabajo voluntario.

Pocos organizadores de la comunidad igualaron la dedicación y logros de Elena de la Ilata, quien encabezó la Cruz Azul. Esta agrupación se constituyó en 1920 y, según un artículo que apareció en la prensa, fue “autorizada” por el gobierno mexicano y aprobada por el vicecónsul mexicano de la ciudad.⁹² Fue fundamentalmente gracias a los esfuerzos de De la Ilata que la Cruz Azul se convirtió a principios de los veinte en una de las más activas y exitosas asociaciones caritativas de la ciudad. En 1921, cuando una intempestiva tormenta dejó a cientos de mexicanos sin hogar en San Gabriel, la Cruz Azul trabajó sin descanso durante dos días para encontrarles albergue temporal y proporcionarles comida caliente. Asimismo, De la Ilata asumió el compromiso de escribir a los periódicos locales solicitando ayuda adicional en la localización de las víctimas de la inundación. A fines de ese año, la Cruz Azul organizó un circo en beneficio de los desempleados del barrio. Durante más de una semana, por las tardes y por las noches, los cirqueros entretuvieron a la comunidad mexicana. Los organizadores de otros clubes admiraban el éxito de la tarea, resultado de la energía de De la Ilata y de la participación de cincuenta mujeres jóvenes que trabajaron en la venta de boletos y como acomodadoras.⁹³

Otra de las actividades que realizó la Cruz Azul fue la recaudación de fondos para la asistencia médica y la ayuda a familias en emergencias, como por ejemplo en 1921, cuando la organización, con la cooperación del gobierno mexicano, prestó ayuda a un grupo de inmigran-

⁹² *Los Angeles Times*, 13 de octubre de 1921.

⁹³ Artículos en *La Prensa de Los Ángeles*, 1 de enero de 1921 y 13 de julio de 1921, esbozan algunas de las actividades de la Cruz Azul, lo mismo que *El Heraldo de México*, 2 de octubre de 1921.

tes mexicanos indigentes que deseaba regresar a México.⁹⁴ El gobierno mexicano envió uno de sus buques de pasajeros para llevar de vuelta a México a mil quinientos mexicanos desempleados con sus familias y la Cruz Azul de Los Ángeles asumió la responsabilidad de alimentar a los emigrantes mientras esperaban el barco en el puerto de San Pedro. Durante los dos días previos a la llegada del barco, cientos de mexicanos acamparon en los muelles de carga, muchos de los cuales no contaban con dinero para comprarse una comida caliente.⁹⁵ Además de las tribulaciones de los repatriados, estaban las numerosas visitas a los muelles de amigos y familiares que habían llegado para verlos partir. Muchas otras organizaciones bajo la dirección de la Cruz Azul trabajaron largas horas para alimentar a la multitud y ver a los mexicanos volver a salvo en el barco.⁹⁶

Sólo ocasionalmente, la generación de mexicanos nacidos en Estados Unidos —o californios, como algunos preferían llamarse— se dedicó a establecer una organización dedicada fundamentalmente a la movilización de la clase inmigrante en cualquier dirección. En 1918, R.F. del Valle tuvo un gran gesto cuando anunció la formación de la Liga Américo-Latina. Del Valle era descendiente de una vieja familia española californiana que había ocupado numerosos cargos públicos en este estado. Los objetivos de la Liga eran tres: 1) educar a los empleadores de mexicanos con el propósito de lograr un “mejor entendimiento entre los trabajadores y sus patrones”; 2) desarrollar proyectos que sirvieran para “mejorar las condiciones y la vida de los trabajadores mexicanos”, y 3) crear medios para generar información precisa sobre los mexicanos en Estados Unidos y sobre México mismo.⁹⁷ En última instancia, la Liga quería asegurar que los mexicanos mejoraran su estatus social y recibieran los beneficios de las escuelas estadounidenses. Asimismo, subrayaba la importancia del aprendizaje del inglés. La Liga parecía un producto de los años de la guerra y tuvo un impacto muy limitado en la comunidad de Los Ángeles.⁹⁸ Dada la fuerte conciencia étnica del barrio, pudo haber sucedido que

⁹⁴ *Los Angeles Times*, 16 de octubre de 1921.

⁹⁵ *Ibid.*, 13 de julio de 1921.

⁹⁶ *La Prensa de Los Ángeles*, 13 de julio de 1921; *Los Angeles Times*, 7 de julio de 1921.

⁹⁷ *La Prensa de Los Ángeles*, 14 de septiembre de 1918.

⁹⁸ *Ibid.*

el trabajador mexicano promedio resultara sospechoso para una organización que incluía en su comité directivo a cuatro angloamericanos de los seis que lo integraban.⁹⁹

Las asociaciones voluntarias de mexicanos tuvieron también un importante papel en la formación de los sindicatos entre los mexicanos de Los Ángeles. En 1927, se reunió un comité de personas involucradas en organizaciones de voluntarios, el cual “adoptó una resolución para convocar a las sociedades de beneficencia y mutualistas [...] a brindar su apoyo a la causa de la organización de sindicatos de trabajadores mexicanos”. Entre quienes asistieron a la primera junta estaba Pedro M. Salinas, presidente de la Asociación Cooperativa de Belvedere, una organización voluntaria de trabajadores de esa comunidad, y el cónsul mexicano F. Alfonso Pesqueira.¹⁰⁰ Como resultado de varias reuniones, un comité de trabajadores formó un sindicato local que se llamó Confederación de Uniones Obreras Mexicanas (CUOM). Ésta tomó como modelo para su constitución a la Confederación Regional de Obreros Mexicanos (CROM).¹⁰¹ La constitución de la CUOM expresaba numerosas perspectivas radicales, como queda ejemplificado en el artículo I de la Declaración de Principios: “Que la clase explotada, la mayor parte de la cual está integrada por trabajadores manuales, tiene derecho a establecer una lucha de clases a fin de lograr un mejoramiento de sus condiciones económicas y morales y finalmente su completa libertad de la tiranía capitalista”.¹⁰²

Uno de los propósitos de la CUOM, como lo consigna el artículo 18 de su acta constitutiva, era limitar la inmigración que provenía de México, mientras otro objetivo establecido por sus miembros convocaba al gobierno mexicano a “ofrecer oportunidades de colonización a los mexicanos que no hallaran medios de vida en California debido a la falta de empleo”. La confederación prometía “establecer lazos sólidos con el trabajo organizado de México [CROM] y tratar de detener la inmigración de trabajadores no sindicalizados a Estados

⁹⁹ *Ibid.*

¹⁰⁰ *Mexicans in California: Report of Governor C.C. Young's Mexican Fact-Finding Committee* (San Francisco: California Department of Industrial Relations, Agriculture, and Social Welfare, octubre de 1930), 123.

¹⁰¹ *Ibid.*

¹⁰² *Ibid.*

Unidos”, dado que consideraban dañina tal inmigración para la clase trabajadora de ambos países.¹⁰³

V

Aunque las asociaciones voluntarias propiciaban oportunidades para la interacción social y proporcionaban beneficios mutualistas, carecían de los recursos para lidiar con los problemas que enfrentaban los nuevos inmigrantes. Además, no todos los inmigrantes pertenecían a las asociaciones voluntarias. Si bien la influencia del consulado mexicano dependía de la competencia y dedicación del funcionario en turno y de su equipo de trabajo, era una organización formal responsable de la población mexicana en Estados Unidos. El consulado funcionaba todo el año y, aún más importante, contaba con personal de habla hispana. Como sólo unos cuantos mexicanos en Los Ángeles tenían papeles que acreditaran su ciudadanía, los inmigrantes acudían al consulado para que defendiera sus derechos en Estados Unidos. Al notar la tendencia de los estadounidenses a considerar a los de ascendencia mexicana que se naturalizaban como ciudadanos de segunda clase, el sociólogo Emory Bogardus sugirió que preferían seguir siendo ciudadanos mexicanos porque,

al permanecer como un ciudadano de México y al acudir al cónsul mexicano en busca de auxilio, el mexicano puede esperar justicia, mientras que si se convierte en ciudadano estadounidense se siente desprotegido: no entiende nuestros tribunales y no tiene la certeza de ser tan adecuadamente atendido como siendo ciudadano mexicano.¹⁰⁴

El papel del consulado mexicano en Los Ángeles no estaba bien definido y frecuentemente fue malinterpretado tanto por mexicanos como por estadounidenses. Así, aunque los cónsules ayudaban a los mexicanos en numerosas situaciones y aun apoyaron causas impopulares, como la formación de un sindicato mexicano, la comunidad

¹⁰³ *Ibid.*, 125.

¹⁰⁴ Bogardus, “The Mexican Immigrant and Segregation”, 78.

consideró generalmente a los consulados como agencias de relaciones públicas del gobierno mexicano. Robert McLean, por ejemplo, comentó que el papel de tal instancia consistía sencillamente en “mantener el espíritu y el patriotismo” de los mexicanos en Estados Unidos. Bogardus observó que si bien los cónsules sabían de las adversidades de los trabajadores mexicanos en Estados Unidos y aseguraban reparaciones por daños infligidos a los trabajadores mexicanos, se mostraban naturalmente renuentes a participar en la vida social o económica de Estados Unidos. Sin embargo, el consulado mantuvo estrecho contacto con los inmigrantes mexicanos que tuvieron problemas en Estados Unidos y con frecuencia les brindó ayuda.¹⁰⁵

Los mexicanos en Los Ángeles consideraban que ningún problema era demasiado pequeño o demasiado complicado como para no llevarlo a la atención del cónsul. Los asuntos iban desde un pintor en busca de trabajo hasta un sentenciado a morir en la cámara de gases que solicitaba al cónsul intervenir en su favor para obtener el perdón de última hora del gobernador de California. Los mexicanos también dependían del consulado para que los auxiliara en demandas civiles y asuntos legales. Por ejemplo, cuando el distrito escolar de Fullerton ofreció a Jacinto García sólo dos mil dólares por su propiedad, en lugar de los tres mil que él creía que valía, solicitó ayuda al consulado mexicano en Los Ángeles. En tales casos, el consulado sólo podía aconsejar a un individuo como García a que buscara la asesoría de un abogado o a que encontrara la documentación adecuada para sostener su caso legalmente.¹⁰⁶

Debido a la inestabilidad política durante el periodo revolucionario en México, los consulados en Los Ángeles y en todo el suroeste funcionaban bajo notoria presión. La insistencia del gobierno mexicano de sujetar la posición del cónsul al juego político, minó la eficiencia consular. Durante un periodo de nueve años, fueron nombrados trece cónsules de México en Los Ángeles. Poco después de la partida de Los Ángeles del cónsul José Garza Zertuche, en mayo

¹⁰⁵ McLean, *The Northern Mexican*, 22; Emory S. Bogardus, *The Mexican in The United States* (Los Ángeles: University of California Press, 1934), 12.

¹⁰⁶ México, Secretaría de Relaciones Exteriores, archivo en el Consulado de Los Ángeles, Ciudad de México: Box IV, 110 Series (73-27), No. 2284; Box IV, 110 Series (73-27), No. 2242; Box IV, 241 Series (73-27), 1930 archivo no. 03.

de 1920, la llegada de Lino B. Rocín llevó al diario *Los Angeles Times* a comentar: “Después del nombramiento de cinco distintos agentes consulares en Los Ángeles desde diciembre de 1918, debido a los levantamientos políticos y a la reorganización del gobierno en México, la oficina del cónsul en esta ciudad estuvo ayer «llena permanentemente»”.¹⁰⁷

La tarea más difícil para el consulado mexicano en Los Ángeles durante la década de los veinte fue el doloroso proceso de repatriar a los mexicanos incapaces de encontrar trabajo en la zona. En mayo de 1921, el consulado informó a los mexicanos en el sur de California que el presidente Álvaro Obregón había instado a sus ciudadanos sin medios para sostenerse que volvieran a México. Una comisión del gobierno mexicano analizó el problema de desempleo en Estados Unidos y sus efectos en los trabajadores mexicanos, y un comité de trabajadores mexicanos de Los Ángeles visitó la ciudad de México como un esfuerzo por averiguar qué intentaba hacer el gobierno con esos trabajadores que deseaban regresar a su patria.¹⁰⁸

Si bien el programa de repatriación de 1921 duró sólo un año y afectó sólo a unos cuantos miles de mexicanos en Los Ángeles, los líderes de la comunidad mexicana buscaron medios para ayudar a quienes fueron forzados a abandonar Estados Unidos. Las asociaciones locales voluntarias y los grupos caritativos mexicanos en la comunidad se hicieron cargo de algunos de los gastos de quienes volvían a México. El gobierno mexicano, por su parte, asignó una pequeña cantidad de dinero para los gastos de transporte, pero sólo de la frontera mexicana al interior de los estados de la república. Ninguno, ni los consulados ni el gobierno mexicano, manejó el programa de repatriación con eficacia. *La Prensa de Los Ángeles* advirtió con razón en 1920: “La repatriación de los trabajadores mexicanos [permanece como] uno de los más serios problemas que debe resolver el gobierno mexicano”.¹⁰⁹

¹⁰⁷ *Los Angeles Times*, 2 de julio de 1920.

¹⁰⁸ *La Prensa de Los Ángeles*, 30 de abril de 1921; *ibid.*, 7 de mayo de 1921; *ibid.*, 21 de mayo de 1921.

¹⁰⁹ *Ibid.*, 17 de julio de 1920.

El consulado mexicano de Los Ángeles ofrecía sus servicios para todo el sur de California, desde Ventura hasta la frontera mexicana, una zona que incluía a más de un cuarto de millón de mexicanos a mediados de la década de los veinte. La responsabilidad de un área tan grande y el número tan elevado de inmigrantes mexicanos que ahí residían hacía que resultara imposible para el consulado cubrir adecuadamente las necesidades de la comunidad. A mediados de los veinte, el gobierno mexicano dio permiso al cónsul en Los Ángeles de contratar abogados estadounidenses para que ayudaran a atender los asuntos de los inmigrantes, pero el presupuesto asignado continuó siendo lastimosamente reducido en comparación con el número de casos que manejaba la oficina mexicana. El trámite de las solicitudes tomaba en muchos casos meses y aun la solicitud más simple se atoraba frecuentemente en los procedimientos burocráticos.¹¹⁰

Por si fuera poco, surgían a menudo malentendidos entre el consulado y sus usuarios, bien fuera porque los inmigrantes no entendían las facultades del cónsul o porque éste ejercía de manera inadecuada su influencia y autoridad. Una cosa era esperar que el cónsul protegiera al inmigrante de empleadores y caseros sin escrúpulos y otra muy distinta era que participara en decisiones relacionadas con procedimientos legales estadounidenses. Por ejemplo, cuando en 1923 fue aprobada una ley del estado de California que prohibía a los extranjeros portar armas, muchos inmigrantes acudieron con el cónsul para que rechazara la ley.¹¹¹ El 6 de octubre de 1923, el cónsul anunció que se realizaría una protesta oficial en contra de la aprobación de la Ley de Control de Armas para Extranjeros (Foreign Gun Law). Como una gran proporción de los extranjeros en California eran de ascendencia mexicana, el consulado sugirió que la ley afectaba de manera más severa a los mexicanos que a cualquier otro grupo étnico.¹¹² Una semana más tarde, el cónsul retiró su protesta y aceptó cooperar con las autoridades de Estados Unidos. Aconsejó a los mexicanos que llevaran sus armas a la oficina consular en Los Ángeles

¹¹⁰ México, Secretaría de Relaciones Exteriores (SRE), *Memorias: 1926-1927* (México: SRE, 1928), 489.

¹¹¹ *El Heraldo de México*, 30 de septiembre de 1923.

¹¹² *Ibid.*, 6 de octubre de 1923.

para entregarlas a las autoridades locales. Así, en el breve lapso de una semana, el cónsul revirtió su posición de protesta a una de conformidad y cooperación. La rapidez con que el cónsul se retractó de cuestionar la ley decepcionó a muchos mexicanos y demostró su falta de poder para intervenir en asuntos legales y en políticas públicas estadounidenses.¹¹³

En varias ocasiones, durante la década de los veinte, el consulado, las asociaciones voluntarias y la prensa de habla hispana combinaron sus esfuerzos para atender asuntos importantes de la comunidad. No obstante, en ese mismo periodo, en pocas circunstancias, la comunidad mexicana destinó más energía que en beneficio de Aurelio Pompa, un hombre que se convirtió para los mexicanos del sur de California y otras partes del suroeste en el símbolo del inmigrante victimizado por la injusticia. La campaña para salvar la vida de Aurelio Pompa empezó cuando fue a juicio en 1923 por haber asesinado a un compañero de trabajo angloamericano en Los Ángeles. Como la comunidad pensaba que el asesinato había sido en defensa propia y creía que un mexicano no podía tener un juicio justo en Estados Unidos, organizó una campaña nacional en su favor. Líderes comunitarios, que se negaron a esperar que el cónsul mexicano estuviera de acuerdo con la campaña, reunieron tres mil dólares en pocas semanas y contrataron a un prominente abogado mexicoamericano, Frank Domínguez, para que defendiera a Pompa.¹¹⁴ Mientras las asociaciones voluntarias hacían denuncias ante las autoridades y apelaban a la simpatía de la sociedad por todo el suroeste, la prensa publicaba reseñas editoriales sobre el juicio. Mientras tanto, el consulado mantenía un bajo perfil en el asunto, aparentemente desconcertado sobre los pasos que podían o debían darse en favor de Pompa. Cuando el acusado llegó a juicio, *El Herald* se instituyó en su más decidido partidario, mientras el consulado no ofrecía sino un tibio apoyo a la campaña. Fue hasta que el jurado sentenció a muerte a Pompa y lo trasladaron a las instalaciones de San Quentin cuando el cónsul mexicano en Los Ángeles hizo su primera declaración pública en defensa del hombre condenado.¹¹⁵

¹¹³ *Ibid.*, 19 de octubre de 1923.

¹¹⁴ *Ibid.*, 5 de abril de 1923.

¹¹⁵ *Ibid.*, 8 de abril de 1923.

Juan de Heras, editor de *El Herald*, intensificó la campaña para liberar a Pompa organizando una petición a su favor en todo el estado. En Los Ángeles, algunos de sus defensores criticaron el plan argumentando que sólo la intervención personal del presidente de México, Obregón, podía salvar a Pompa. La Sociedad Melchor Ocampo, asociación voluntaria de Los Ángeles, presionó al consulado en un esfuerzo para que obtuviera el apoyo de Obregón. Durante la última semana de enero de 1924, el presidente Obregón apeló ante el gobernador de California Friend W. Richardson para que perdonara a Pompa, solicitud que muchos mexicanos creían era la única esperanza para salvarle la vida.¹¹⁶ Mientras el gobernador Richardson estudiaba la apelación, *El Herald* informó a sus lectores que se habían recolectado 12 915 firmas en una petición que se enviaría al gobernador en favor de Pompa. Mientras los líderes en Los Ángeles se preparaban para enviar la apelación, se enteraron de que Pompa había sido ejecutado.¹¹⁷ El golpe que produjo la noticia de la ejecución fue tremendo, dada la excitación y el optimismo que había generado la intervención del presidente Obregón y el tremendo éxito de la petición. La negativa del gobernador Richardson a suspender la ejecución no llegó a tiempo para que los editores de *El Herald* la publicaran y la muerte de Pompa tomó a la comunidad por sorpresa.

La muerte de Pompa enojó a los mexicanos en todo el estado, y sus seguidores se sintieron naturalmente traicionados. Cuando su cuerpo fue llevado a Los Ángeles, miles se reunieron para darle la despedida.¹¹⁸ En un corrido, compuesto inmediatamente después de su muerte, se atribuyen estas palabras al joven mexicano:

Adiós, amigos, adiós mi pueblo,
 Querida madre, no llores más,
 Dile a mi raza que ya no venga,
 Porque aquí sufrirán
 No hay piedad en este lugar.¹¹⁹

¹¹⁶ *Ibid.*, 3 de enero de 1924; *ibid.*, 23 de enero de 1924.

¹¹⁷ *Ibid.*, 29 de enero de 1924; 28 de febrero de 1924.

¹¹⁸ *Ibid.*, 8 de marzo de 1924.

¹¹⁹ Gamio, *Mexican Immigration to the United States...*, 104.

VI

El papel de las organizaciones de inmigrantes en las comunidades estadounidenses fue analizado desde diversas perspectivas por varios académicos en el siglo pasado. Estudios recientes sugieren que las organizaciones de ayuda mutua y las asociaciones de voluntarios en favor de los inmigrantes de hecho promovieron la asimilación más que dificultarla. Quienes siguen esta línea de pensamiento argumentan, en esencia, que las organizaciones étnicas hicieron posible que los inmigrantes se adaptaran más fácilmente a su nuevo ambiente. No obstante, la historia de numerosas organizaciones de este tipo en la comunidad mexicana de Los Ángeles no cuadra con esta interpretación. Al parecer las organizaciones jugaron un papel insignificante en la asimilación durante el periodo de 1900 a 1930. Los pocos estudios tempranos relativos a los residentes mexicanos del siglo xx confirman la baja asimilación de este grupo, la cual ha sido estudiada a partir de los matrimonios, la naturalización y la aparente cohesión de sus comunidades étnicas. Emory Bogardus, Manuel Gamio y Paul S. Taylor concluyen que la tasa de integración tanto en las áreas rurales como en las urbanas, durante la segunda y la tercera décadas de este siglo, fue significativamente más baja entre los mexicanos que entre los europeos.¹²⁰

En su fundamental estudio sobre la asimilación a la sociedad estadounidense, Milton M. Gordon estudió a negros, judíos, católicos y protestantes blancos. Si bien excluyó a los mexicanos de su análisis general, se refirió brevemente a ellos sugiriendo que muchos factores hicieron que el proceso de aculturación fuera algo único para los negros, indios y mexicanos, puesto que en el caso de los negros y de los mexicanos que se desplazaron a las áreas urbanas, observó Gordon, el proceso de aculturación se retardó “debido a la dimensión masiva e intensidad del prejuicio y por la consecuente discriminación” de que eran

¹²⁰ Bogardus, “The Mexican Immigrant and Segregation”, 74-80; ídem, “Second Generation Mexicans”, *Sociology and Social Research* 13 (enero-febrero de 1929): 276-283; Manuel Gamio, *The Mexican Immigrant: His Life Story* (Chicago: University of Chicago, 1931); Gamio, *Mexican Immigration to The United States*; Paul S. Taylor, *Mexican Labor in The United States: Imperial Valley*, University of California Publications in Economics 6, no. 1 (Berkeley, 1928); ídem, “More Bars against Mexicans”, *Survey* 44 (abril de 1930): 26-27.

objeto. En cuanto a los mexicanos, y a veces en cuanto a los indios, subrayó, la diferencia del idioma presentó problemas adicionales.¹²¹

Una revisión de las tasas de naturalización y de matrimonios interraciales de los mexicanos inmigrantes en Los Ángeles durante el periodo de 1917 a 1930 proporciona una idea sobre su nivel de su asimilación. El censo de 1920 muestra que, entre todos los grupos étnicos en California, los mexicanos tenían la tasa más baja de naturalización. De un total de 60 546 mexicanos que vivían en el estado, 88.9 por ciento había mantenido su condición de extranjeros. Hacia 1920, sólo 5 por ciento (3 008) se había convertido en ciudadanos estadounidenses, mientras que menos de 1 por ciento (471) había obtenido los papeles (*first papers*). En contraste, los inmigrantes italianos alcanzaban la cifra de 80 179 en 1920, y su tasa de naturalización era significativamente mayor que la de los mexicanos. Un poco más de la cuarta parte de los italianos se había convertido en ciudadanos estadounidenses, mientras que la décima parte había obtenido sus papeles.¹²² Un estudio encargado en 1930 por el gobernador de California, C.C. Young, informó que mientras Los Ángeles encabezaba al estado con 149 ciudadanos naturalizados de origen mexicano, el promedio de años de residencia antes de la solicitud era de 14.8. A escala nacional, solamente 3.3 por ciento de los mexicanos de 21 años o mayores se había naturalizado, en comparación con 47.8 por ciento de todos los nacidos en el extranjero. De hecho hacia 1920, sólo 47.2 por ciento de los nacidos en el extranjero de ambos sexos de todas las edades habían obtenido sus papeles de naturalización.¹²³

El pastor G. Bromley Oxnam de la Iglesia de Todas las Naciones (Church of All Nations), de Los Ángeles, llevó a cabo una encuesta en 1920, la cual reveló una tasa de naturalización de 23 por ciento entre los mexicanos. Aun cuando ésta era sustancialmente superior a la que arrojaban los censos del mismo año, tal cifra, concluyó Oxnam, sigue “indicando que el mexicano no tiene interés en convertirse en un ciudadano”.¹²⁴

¹²¹ Milton M. Gordon, *Assimilation in American Life* (Nueva York: Oxford University Press, 1964), 108.

¹²² U.S. Bureau of the Census, *Fourteenth Census, 1920*, vol. 2: *Population*, 801-888.

¹²³ *Mexicans in California...*, 72-73.

¹²⁴ G. Bromley Oxnam, *The Mexican in Los Angeles: Los Angeles City Survey* (Los Ángeles: Interchurch World Movement of North America, 1920), 22.

La Comisión de Naturalización del Departamento del Trabajo de Estados Unidos realizó otras investigaciones sobre la tasa de naturalización en 1923 y en 1928. Las cifras de 1928 muestran que sólo 0.1 por ciento —o 497 mexicanos— había sido admitido como ciudadanos en Estados Unidos durante los cinco años previos. En el mismo periodo, 179 699 italianos se convirtieron en ciudadanos. Incluso los inmigrantes de América Central y de Sudamérica, que constituían una proporción mucho menor de la inmigración latinoamericana, se convirtieron en ciudadanos estadounidenses en proporciones mayores que los mexicanos. Durante el periodo de 1923 a 1928, 1 307 inmigrantes nacidos en esas regiones formularon solicitudes y recibieron sus documentos de ciudadanía. La evidencia demuestra claramente que, en el periodo anterior a 1930, los mexicanos estaban significativamente por debajo de los otros grupos en cuanto a la obtención de la ciudadanía estadounidense.¹²⁵

Otro importante indicador de asimilación que proponen los científicos sociales es el matrimonio interracial. Si este indicador es válido, entonces el proceso de integración de los mexicanos había comenzado en 1917, aunque todavía tenía que alcanzar proporciones significativas. Constantine Panunzio, profesora de economía de la Universidad de California, llevó a cabo la más amplia investigación para revisar la tasa de matrimonios interraciales en Los Ángeles durante los veinte. Panunzio y sus asistentes revisaron las licencias de matrimonio de ese estado durante el periodo de 1924 a 1933 y trabajaron con un total de 170 636 solicitudes. Panunzio tenía interés en las tasas de matrimonio interracial de blancos, asiáticos, mexicanos y negros. Los mexicanos constituían el grupo étnico más grande del país, sumando 167 024 personas, o 76 de cada mil, de la población del condado. De un total de 11 016 matrimonios, en el que al menos uno de los contrayentes era mexicano, encontró enlaces con blancos a un nivel de 116 por cada mil.¹²⁶

¹²⁵ *Mexicans in California...*, 62.

¹²⁶ Constantine Panunzio, "Intermarriage in Los Angeles, 1924-33", *American Journal of Sociology* 47 (marzo de 1942): 692-693. Un análisis más moderno es el que proporcionan Edward Murguía y W. Parker Frisbie, "Trends in Mexican American Intermarriage: Recent Findings in Perspective", *Social Science Quarterly* 58 (diciembre de 1977): 374-389.

Un estudio de los registros matrimoniales de 1917 y de 1918 revela un nivel un poco más alto de exogamia. El número total de individuos que se casaron en esos dos años fue menor al promedio anual del estudio de Panunzio, tal vez como resultado de la alta proporción de hombres que estaban en aquellos tiempos enrolados en las fuerzas armadas. Además, durante esos dos años, un total de 14 951 personas obtuvieron licencias matrimoniales. En este grupo, había 660 mexicanos, de los cuales un total de cincuenta era entre hombres mexicanos y mujeres no mexicanas. Así, de 660 matrimonios, 147 eran mixtos, o 222 de cada mil.¹²⁷

La cohesión étnica de la comunidad mexicana ilustra también la lenta tasa de asimilación de este grupo. Observadores y académicos contemporáneos, interesados en la colonia mexicana, dan testimonio de la persistencia de la cultura y la tradición mexicanas en los barrios de Los Ángeles. En una encuesta de Evangeline Hymer, 55 por ciento de los mexicanos interrogados declaró que lo consideraba una “obligación para seguir siendo fieles a México, mientras que menos de un tercio respondió que esperaba vivir permanentemente en Estados Unidos”.¹²⁸ En efecto, la presencia misma de la colonia en Los Ángeles durante la década de los veinte en un momento cuando otras colonias étnicas desaparecían o perdían sus características étnicas sugiere el fuerte sedimento de solidaridad racial. El lento ingreso de los mexicanos en el “crisol de razas” impulsó a un académico a escribir: “Se afirma comúnmente que el mexicano es el más difícil de asimilarse a cualquier grupo racial, y ciertamente se naturaliza con la menor frecuencia y se mantiene apartado de los estadounidenses”.¹²⁹ Así, conforme crecía su colonia en el lado este, la necesidad de los mexicanos de interactuar con los residentes angloamericanos de la ciudad se relajó o disminuyó. La colonia se aisló rápidamente desde el punto de vista social y cultural y aumentaron las oportunidades de los mexicanos para vivir sólo con una mínima relación con las instituciones estadounidenses.

¹²⁷ Datos obtenidos entre 1917 y 1918 de registros matrimoniales en Los Ángeles.

¹²⁸ Hymer, “A Study of the Social Attitudes...”.

¹²⁹ Herman Feldman, *Racial Factors in American Industry* (Nueva York: Harper and Brothers, 1931), 121.

La lenta asimilación de los mexicanos en Los Ángeles, como lo muestran las bajas tasas de naturalización, llegó a convertirse en un problema para la comunidad. Cuando la Gran Depresión afectó a Estados Unidos, California —entonces uno de los estados más poblados de la unión— se vio drásticamente afectado. Además, al principio, los funcionarios públicos diagnosticaron incorrectamente el problema y se ocuparon de los síntomas en lugar de lidiar con las causas de la Depresión. El presidente Hoover culpó a los mexicanos del alto desempleo, responsabilizándolos de quitar el trabajo a los estadounidenses.¹³⁰ La crisis de desempleo supuso hordas de migrantes hacia California, lo que se convirtió en una carga adicional para el mercado del trabajo. El pánico hizo presa de la colonia de Los Ángeles, que hacia 1930 era la capital no oficial de México en Estados Unidos. Los mexicanos, pobremente organizados en términos políticos, altamente visibles en comunidades segregadas y mal comprendidos social y culturalmente, se convirtieron en el blanco de las redadas migratorias que afectaron la vida de cuando menos una de cada tres familias mexicanas.¹³¹ A pesar de que hubo deportaciones de mexicanos en numerosas ciudades, Los Ángeles se convirtió en la primera ciudad en emplear fondos fiscales locales y federales para repatriar a los mexicanos.¹³² Hacia 1935, habían sido repatriados quinientos mil en toda la nación; de los cuales la mayor parte había residido en la “ciudad de Los Ángeles”. Así, para una clase de inmigrantes que había sido bienvenida sólo una década antes por los industriales de la ciudad, una era llegaba a su fin.

¹³⁰ La posición de Hoover fue expuesta en foro público por su secretario de Trabajo, William N. Doak. Véase Gardner Jackson, “Doak the Deportation Chief”, *Nation* 18 (marzo de 1931): 295-296; y Roy L. Garis, “The Mexicanization of American Business”, *Saturday Evening Post*, no. 8 (febrero de 1930): 46.

¹³¹ Véase Robert N. McLean, “Goodbye, Vicente”, *Survey* 66, 1 de mayo de 1931, 182-183, 195; Carey McWilliams, “Getting Rid of the Mexican”, *American Mercury* 28 (marzo de 1933): 322-324; Abraham Hoffman, “Mexican Repatriation Statistics: Some Suggested Alternatives to Carey McWilliams”, *Western Historical Quarterly* 3 (octubre de 1972): 391-404.

¹³² Abraham Hoffman, *Unwanted Mexican Americans in the Great Depression: Repatriation Pressures, 1929-1939* (Tucson: University of Arizona Press, 1974).